

JAVIER DÍAZ TEJO (EDITOR)

DESPUÉS DE LA PANDEMIA,
¿QUÉ CATEQUESIS?



Ediciones Universidad Finis Terrae

JAVIER DÍAZ TEJO

Profesor de Religión y Psicólogo Organizacional, con grado de Licenciado en Catequética por la Pontificia Universidad Salesiana (Roma) y Magíster en Educación.

Con cargos en distintos organismos catequéticos de Chile y América Latina, es autor de diversos artículos en revistas de Teología Pastoral nacionales y extranjeras, así como coautor de textos y subsidios para la educación religiosa escolar.

Actualmente es académico y Director de Investigación y Publicaciones del Instituto Escuela de la Fe de la Universidad Finis Terrae.

JAVIER DÍAZ TEJO (EDITOR)

**DESPUÉS DE LA PANDEMIA,
¿QUÉ CATEQUESIS?**

Instituto Escuela de la Fe
Ediciones Universidad Finis Terrae

ISBN: 978-956-391-040-7

www.uft.cl/ediciones

www.escueladelafe.cl

Ediciones Universidad Finis Terrae
Av. Pedro de Valdivia 1646, Providencia
Teléfono: (56-2) 2420 7416

Edición: Santiago Aránguiz Pinto
Diseño: Francisca Monreal

Primera edición: junio de 2020

Este libro es de formato digital y de acceso abierto.
Prohibida su venta.

Índice

Presentación	8
<i>La carroza</i> Andrés Boone, S.D.B.	13
<i>¿Es posible una mirada positiva?</i> Eduardo Antônio Calandro, Pbro.	19
<i>La catequesis en la gran transformación de la pandemia</i> Mateo Calvillo, Pbro.	24
<i>Transmitir la fe desde la familia en tiempo de pandemia</i> Hermilio Cárdenas Glez, Pbro.	28
<i>Las ventajas de la incertidumbre ante la armonía descontextualizada</i> Carolina López Castillo, O.C.V.	33
<i>La catequesis familiar en la pandemia</i> Francisco Castillo	39
<i>Intuiciones</i> José Flores de la Cruz	43
<i>Mis tres intuiciones catequéticas actuales</i> Enrique García Ahumada, F.S.C.	49
<i>Diálogo fe y ciencias</i> Manuel José Jiménez R., Pbro.	53
<i>Intuiciones catequéticas en medio de la pandemia</i> Balbino Juárez, F.M.S.	58
<i>¿Qué hemos aprendido?</i> Cristina Laguardia	64

<i>Reflexiones desde mi experiencia personal </i> Alejandro López Cardinale, Pbro.	69
<i>Repensar la catequesis por la pandemia </i> Alfredo Madrigal Salas, Pbro.	74
<i>Retos a la catequesis a partir del COVID-19 </i> Eduardo Mercado Guzmán, Pbro.	80
<i>La catequesis en una cultura marcada por lo digital: una posible lección </i> Abimar Moraes, Pbro.	85
<i>La catequesis en tiempos de pandemia </i> Israel José Nery, F.S.C.	91
<i>Reflexiones en torno a la catequesis en tiempo de pandemia y de templos cerrados </i> María Irene Nesi, F.M.A.	96
<i>Catequesis en tiempos de angustia existencial </i> Hosffman Ospino	102
<i>La catequesis después de la crisis </i> Cecilia Osses P., H.M.C.B.	108
<i>¿Cómo leer y entender la pandemia desde una perspectiva catequética? </i> +Diego Padrón Sánchez	113
<i>El coronavirus y el futuro desconocido </i> Héctor Salvador Pancaldo	118
<i>Desafíos pastorales y catequéticos ante la pandemia </i> Elder Pineda Cabrera, Pbro.	124

<i>Catequesis en tiempos de pandemia. Algunas intuiciones</i> José Luis Quijano, Pbro.	128
<i>“Cristiano no se nace, se hace”</i> Marcial Riveros Tito	136
<i>Una mejor catequesis, ¡seguro!</i> Mario Segura Bonilla, Pbro.	142
<i>Una intuición intempestiva sobre la catequesis durante este confinamiento</i> José María Siciliani Barraza	148
<i>“Yo estoy junto a la puerta y llamo...”</i> Fabián Silveira Correa, S.A.C.	153
<i>COVID-19, pobreza y ministerio catequístico</i> Carlos Tazzioli, Pbro.	160

Presentación

El virus SARS-CoV-2 ha puesto al mundo de cabeza. En un par de meses se hizo presente en los cinco continentes. Los fallecidos se cuentan por miles y los contagiados por millones. Se cerraron fronteras, tambalean los mercados y, a no dudarlo, enfrentaremos escenarios políticos, económicos y sociales inéditos. Hay angustia, ha resurgido el hambre, han subido los índices de la cesantía (o el paro) por quiebre de innumerables empresas, del mismo modo en que ha aumentado la violencia intrafamiliar y las protestas sociales. Pero también en muchas localidades ha bajado la contaminación ambiental, en muchas familias sus miembros se han reencontrado, hemos descubierto (a veces a la fuerza) las bondades y límites de las videoconferencias y hemos sido testigos de la abnegación de muchos profesionales y de las acciones solidarias de tanta gente anónima, que nos han hecho sentir orgullosos de ser humanos.

Sin embargo, los efectos también se harán sentir en variadas facetas de nuestra propia existencia individual, tales como en el modo de saludarnos, en la distancia que tomaremos al conversar con alguien, en el aumento de reuniones por videoconferencias, en las nuevas ofertas que nos llegarán de formación *on-line*, en los modos de utilizar

el transporte público, en el uso del espacio urbano y del tiempo libre, etcétera.

En particular, nuestra vivencia religiosa probablemente también resentirá ese impacto, así como los modos tradicionales de educar la fe a través de la catequesis. Y este nuevo estado de cosas ya está abriendo varias interrogantes.

Es cierto que recién estamos sintiendo el primer impacto sociocultural de esta pandemia y que es muy temprano para comprenderla a cabalidad, ya que todavía no se han desplegado todas sus implicancias. Sin embargo, desde ya podemos cuestionarnos: ¿cómo leer y entender adecuadamente estas transformaciones desde una perspectiva catequética? ¿Es un conjunto de sólo amenazas, sin oportunidades latentes? La catequesis, que se nutre en parte de la experiencia cotidiana de una gran porción del Pueblo de Dios, ¿cómo ha de reaccionar? ¿Qué “constantes” percibimos cuando escuchamos a los catequistas de nuestro entorno? ¿Qué grado de pertinencia han tenido las decisiones del episcopado en nuestras respectivas diócesis y de la Conferencia Episcopal en particular?

Desde otra perspectiva, ¿qué se revela como algo que comprendimos y/o hicimos bien en la catequesis del pasado? ¿Qué criterios habría que mantener para que el futuro de la educación de la fe en el previsible contexto social sea promisorio? ¿Qué nuevos enfoques habría que privilegiar? Junto a esto, ¿qué acciones tradicionales están quedando en evidencia que ya no pueden seguir realizándose? ¿Qué

nociones y modelos teóricos parece que hay que abandonar lo antes posible?

Varios expertos de diversas áreas del conocimiento ya han compartido sus apreciaciones acerca del nuevo estado de cosas. Hay varios teólogos, pastoralistas y miembros del clero en particular que han aportado sus puntos de vista en distintos medios. Y desde la Catequética, ¿qué se ha dicho? Esta pregunta no es ociosa pues la catequesis, foco disciplinario de la catequética, no puede hacerse eco sólo de la opinión de peritos en Teología o en Ciencias Sociales. Los catequetas, apóstoles dóciles al Espíritu Santo, han de hacer en sí mismos la síntesis de ambas áreas del conocimiento y, con tal visión, aconsejar fundadamente a los pastores y formar de modo integral a los catequistas y otros responsables locales. De modo que los catequetas también tienen mucho que decir respecto a este inusitado estado de cosas.

Por tal razón, desde el Instituto “Escuela de la Fe” de la Universidad Finis Terrae en Chile nos propusimos tomar contacto con cierto número de expertos en Catequética de distintos países de América y plantearles las preguntas antes señaladas. Esto porque la *educación religiosa* es nuestro foco disciplinar, área donde se inscribe la educación religiosa católica, entre cuyas expresiones más relevantes está la catequesis. A quienes se interesaron y pudieron cooperar, les solicitamos que nos regalaran aquellas dos o tres intuiciones catequéticas más importantes que han decantado en las últimas semanas a propósito de esta pandemia, y que

enriquecerían la comprensión o acción de otros colegas catequetas de América y el Caribe.

Ciertamente, es un desafío describir esas convicciones en pocas páginas y respecto a un fenómeno en desarrollo. Tal vez puede parecer poco espacio para explicar ideas ciertamente complejas y ricas en matices, pero no es el momento de largos discursos. Por otro lado, sin duda que haría falta un poco más de tiempo para lograr una idea más precisa de lo que estamos enfrentando, pero creo que ya, ahora, hay que ponerse en estado de discernimiento comunitario internacional. Ya no caben las miradas sólo locales y utilizar sólo los recursos internos; hacer red es hoy imperativo y no habría de ser novedad para un grupo de personas que, según afirmamos, hemos sido convocados por un mismo Espíritu desde diversos pueblos, lengua y condición.

Así, con el aporte generoso de laicas/os, religiosas/os y miembros del clero, mujeres y varones que, por amor a Jesús, con tesón estudian y/o coordinan la catequesis, hemos querido articular la elaboración de una obra colectiva que llegue sin costo a todo catequista de nuestro continente. Para eso, optamos por una publicación denominada “de acceso abierto” que, por su diseño exclusivamente digital, alcance las manos de un mayor número de personas que sirven a la catequesis, muchas de las cuales no tienen los medios para leer o escuchar a estos eximios especialistas. De hecho, este texto quizás sea un buen subsidio para reuniones

de catequistas, donde se lea y discuta de modo pausado lo que cada especialista ofreció en su respectivo artículo.

Es mi esperanza que esta obra, aunque sucinta, sea un aporte orientador para la catequesis en América y el Caribe en las horas de incertidumbre, novedad y oportunidades que se abrirán tras la pandemia.

Javier Díaz Tejo

javier.diaz@uft.cl

Director de Investigación y Publicaciones

Instituto Escuela de la Fe

Universidad Finis Terrae

1 de junio de 2020

La carroza

Andrés Boone, S.D.B.¹

Montevideo, Uruguay

En estos tiempos explotó internet como agente principal de comunicación. La palabra “zoom”² parece ser la palabra mágica del momento. Cambiamos el salón parroquial, el templo, las reuniones de grupo, por “zoom”.

Internet es como un gran supermercado con muchas ofertas de “misas *on line*”³, “cursos *on line*”, “charlas *on line*”, “formación *on line*”, etcétera. Y a veces es difícil elegir entre tantas alternativas. Pero, si bien se suspendieron muchas actividades a todo nivel, nuestra agenda se llenó rápidamente con “encuentros” virtuales. Por lo menos esto es cierto para los que tenemos internet y conexiones, porque en realidad

1 Religioso de la Congregación Salesianos de Don Bosco, Presidente de la *Sociedad de Catequetas Latinoamericanas* – SCALA.
andresboone@gmail.com

2 Nombre de una plataforma para videoconferencias que, de improvisto, ha sido muy utilizada para distinto tipo de comunicaciones en ambientes laborales, escolares, universitarios, etcétera. (Nota del Editor).

3 “*On line*” es decir, “en línea” o en el ambiente virtual propio de Internet. (N. del E.).

se abrió también una nueva brecha: entre los que “tienen internet” y los que no lo tienen.

Y en este nuevo escenario, ¿dónde se lleva a cabo la “acción que promueve y hace madurar la conversión inicial, educando en la fe del convertido incorporándole a la comunidad de fe”⁴? ¿Cómo el catequista puede ser “testigo, comunicador, acompañante y mistagogo”⁵? ¿Cómo vive o vivirá la comunidad el distanciamiento social? Y la lista de preguntas podría seguir.

Todavía estamos tratando de pasar de un

modelo de cristiandad a un modelo eminentemente misionero, es decir, que no se cierre sobre sí mismo en una pastoral centrípeta, sacramental y devocional, sino que se abra a la evangelización como un proyecto orgánico, global y unitario para manifestar, construir y hacer presente el Reino de Dios entre los hombres⁶,

y se nos está presentando un nuevo escenario que no habíamos imaginado.

Y como catequistas formamos parte de este nuevo escenario donde somos actores, y no solamente espectadores. Muchas veces se nos piden respuestas que dan sentido a lo que estamos viviendo. ¿Cuáles son las habilidades,

4 CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (1997). DIRECTORIO GENERAL PARA LA CATEQUESIS, 6I. EN ADELANTE, DGC.

5 CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO. DEPARTAMENTO DE MISIÓN Y ESPIRITUALIDAD (2015), *La Alegría de Iniciar Discípulos Misioneros en el Cambio de Época*, título III.4 ss. En adelante: AIDM.

6 AIDM 107.

competencias, actitudes, que tenemos que reforzar como catequistas a fin de que siga resonando la voz de Dios que nos invita a construir su Reino también en tiempo de pandemia?

Reflexionando y meditando encontré algunas ideas (¿locas?) en el relato del encuentro entre Felipe y el eunuco (Hch 8, 26-40).

1. “*Acércate y camina junto a la carroza*” (Hch 8,29)

Si bien estamos conectado a través de los medios tecnológicos y distintas plataformas, siento que hay una necesidad de cercanía, de caminar juntos (respetando el distanciamiento sanitario). A mí me gusta esta invitación que se le hizo a Felipe antes de su encuentro con el eunuco: “acércate y camina junto a la carroza”. Es bueno y necesario acercarse al otro, más allá de que también vamos en nuestra propia carroza.

El “caminar junto a la carroza” implica salir de nuestra propia carroza, para ir a caminar al lado, respetando el ritmo del otro, sin quedar atrás ni adelantarse. “Felipe la alcanzó y oyó...” (Hch 8,30). La actitud de Felipe nos indica que se esforzó no solamente para alcanzar la carroza, sino también para escuchar. Al alcanzar la carroza del otro, habrá que desarrollar un oído fino para escuchar lo que se dice. ¿Qué escuchamos en este tiempo? ¿Cómo escuchamos? Necesitamos acallar nuestros ruidos para tomar una actitud de escucha. Es la actitud que Jesús tenía con los discípulos

de Emaús, “¿De qué van conversando por el camino? ¿Qué ha pasado?” (Lc 24, 27. 19b). Jesús sabía de lo que estaban hablando, lo había vivido en carne propia, pero igualmente quería escuchar cómo los discípulos de Emaús lo habían experimentado.

Va a ser necesario reconocer en el otro sus sentimientos, pensamientos y emociones, dejando de lado en una primera instancia nuestra propia experiencia. Dar al otro la palabra para que pueda expresarse, para que pueda preguntar, dudar, cuestionar, hablar, callar. Es más que escuchar, es experimentar, en cierta forma, los sentimientos y percepciones del otro en carne propia. Y cuando pasa esto...

2. “...lo invitó a subir y sentarse junto a él” (Hch 8, 31b)

Felipe es invitado a subir a la carroza. Se comparte el mismo espacio vital, van al mismo ritmo. Felipe ya no tiene que preocuparse del estado del camino, ni de la velocidad de su caminar, pues está en la misma carroza en camino.

Para esto, hay dos momentos previos: subir y sentarse junto al otro.

Subir a la carroza pide un esfuerzo, así como entrar en la vida del otro pide un esfuerzo. En primer lugar, dejar el camino (mi propia carroza). Y para subir a la carroza del otro no podemos llevar nada, tenemos que dejar ciertas cosas atrás para poder usar ambas manos a fin de agarrarnos bien a esta nueva carroza. ¿Cuáles son aquellas cosas que tengo que dejar atrás? No son solamente cosas materiales, son

también (y más que nada) esquemas mentales, respuestas a preguntas que nunca se hacen, prejuicios...

Y ahí se recibirá la invitación a “sentarse”. Sentarse implica tomarse el tiempo, algo contradictorio en este tiempo en el que todo necesita una respuesta “ya”. Es el momento de dar sentido a lo que se ha experimentado. Un sentido que no viene de afuera, sino del significado que se da a la experiencia. Ahí está el inicio de un acompañamiento en el proceso de crecimiento en la fe. Pero, como catequista, ¿sabemos acompañar a nuestro interlocutor en este camino de fe? ¿O, más bien, estamos atados a un programa, a contenidos? Y, más importante todavía, estando en mi carroza ¿me dejo acompañar? ¿Invito a alguien a subir a mi carroza y a sentarse junto a mí? Será en este acompañar que podemos acercar la Palabra, y ojalá con la palabra justa.

3. “Mandó parar la carroza, bajaron los dos...”

(Hch 8, 38a)

Y todo esto para que se detenga la carroza y bajemos. En el relato la detención es el momento en que el eunuco pide el bautismo. Y luego “cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe” (Hch 8, 39).

Hay que salir de la carroza, no podemos hacer de la carroza un lugar intimista; siempre se ha de tener la mirada hacia afuera, hacia la comunidad. El acompañamiento tiene que llevar a este momento: el encuentro (renovado) con la comunidad.

¡Qué lindo sería inventar creativamente algún símbolo, algún rito de reencuentro! En el caso de Felipe con el eunuco fue el bautismo, pero no siempre tenemos que estar pensando en la celebración de un sacramento.

Y, por fin, lo que me deja intrigado es que “Felipe fue arrebatado” y del eunuco no se habla más en el texto. A veces pienso en él, y más ahora en que, a veces, en nuestras conversaciones, aparece gente desconocida que participa, que se alegra de habernos encontrado, pero luego se aleja y no las vemos más.

A veces también pienso en Felipe. ¿No lo hubiera gustado continuar en el acompañamiento del eunuco? ¿Quizás formar una comunidad? ¿Desaparezcó para dejar que el otro siga creciendo en la fe?

“El eunuco no lo vio más, y continuó su viaje muy contento” (Hch 8, 39b).

¿Es posible una mirada positiva?

Eduardo Antônio Calandro, Pbro.⁷

São Paulo, Brasil

Me gustaría reflexionar sobre algunos puntos que considero importantes para todos nosotros, teniendo en cuenta la gravedad del momento que vivimos. Pero, sin descuidar la situación adversa de los hechos, creo que sería importante pensar juntos en una perspectiva positiva y prospectiva sobre el tema de la pandemia que estamos sufriendo en todo el mundo.

El término que se ha atribuido al contexto pandémico actual es el sustantivo masculino ‘tiempo’. Por curiosidad hice una encuesta sobre la terminología, pero debido a que es un breve artículo no me detendré en la evolución histórico-filosófica del concepto de tiempo, porque sin duda sería una tarea extensa y escaparía de nuestro propósito. Pero vale la pena recordar que la situación actual de pandemia que experimentamos como humanidad es un tiempo que tiene en sí mismo una duración relativa de las cosas, que crean

7 Académico de la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro. educalandro@puc-rio.br

en el ser humano la idea del presente, el pasado y el futuro. Este es un período en el que los eventos se suceden. Es un cierto período considerado en relación con los eventos que ocurrieron en él; es una época, por lo que todo esto será para nosotros historia vivida por una generación. Desde este punto de vista, ahora miraremos al ser humano que tenemos y tendremos por las consecuencias de la COVID-19.

En el contexto en el que las personas están viviendo con aislamiento social, ya es posible percibir algunos trastornos mentales como el estrés, la ansiedad y el miedo. Sabemos que este aislamiento es involuntario y, como experiencia, se percibe el estrés y el agotamiento psicológico. También es posible pensar en algunos efectos tras la pandemia, por lo que nos arriesgamos a hablar de estrés postraumático.

Durante mucho tiempo la Psicología tuvo relación más con patologías, con lo que era dañino, con los traumas, antes que con las capacidades humanas y la dimensión positiva que tiene la vida. Como dicen Snyder y López:

La psicología y la psiquiatría del siglo XX se centraron en los defectos de las personas... La psicología aplicada del pasado estaba más relacionada con las enfermedades mentales, y con la comprensión y ayuda de estas personas que estaban experimentando tales tragedias⁸.

8 SNYDER, C. R.; LOPEZ, S. J. *Psicologia Positiva: uma abordagem científica e prática das qualidades humanas*. Porto Alegre: Artmed, 2009, p. 17.

También vale la pena recordar la psicología humanista de Carl Rogers que dio vida al optimismo en situaciones adversas, alentando a los seres humanos a estar convencidos de que todos merecemos convertirnos en la persona que soñamos ser. Habló sobre las relaciones auténticas y la necesidad de “florecer” a nuestro máximo nivel como seres humanos. Su visión positiva del ser humano se destaca por lograr un cambio necesario.

Por lo tanto, pensar en una ciencia que se centre en el potencial humano y las cualidades en estos tiempos difíciles de la pandemia requiere reflexión y seriedad conceptual, teórica y metodológica con respecto al estudio de los trastornos. A raíz de estas iniciativas, algunos fenómenos indicativos de “vida saludable” se han denominado *sistemas de adaptación* durante todo el desarrollo, entre los cuales destaca la resiliencia.

Vivimos en una situación de limitación, principalmente de la capacidad de ir y venir, de la libertad de acción, de abrazos en las relaciones interpersonales, de un apretón de manos, de un beso en la mejilla, todo lo que causa una buena sensación de placer y bienestar. ¡La falta de relaciones interpersonales puede causar vacío! Es en esta situación adversa que debemos enfatizar nuestra capacidad para avanzar y crear un mundo mejor, debemos ser responsables de nosotros mismos, debemos abrirnos a nuevas experiencias. En este sentido, nos damos cuenta de que todos tenemos cerca la posibilidad de alcanzar nuestras metas, encontrar el bienestar y desarrollar nuestro potencial al máximo.

Más que nunca, nuestra acción evangelizadora debe ser de esperanza y optimismo, comenzando desde el *kerigma* y apuntando a la *mistagogia*. Como afirma el Papa: “en medio de este aislamiento que nos hace sufrir la limitación de los afectos y los encuentros y experimentar la falta de tantas cosas, escuchemos nuevamente el anuncio que nos salva: Él resucitó y vive a nuestro lado”⁹.

En este momento de la vida, estamos invitados a vivir la creatividad evangelizadora de manera equilibrada, cuidando los excesos. El Papa Francisco nos invita a abrazar la cruz en este contexto de vulnerabilidad:

Abrazar tu cruz significa encontrar el coraje para abrazar todos los reverses de la actualidad, abandonando por un momento nuestro anhelo de omnipotencia y posesión, para dar espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de crear. Significa encontrar el valor para abrir espacios donde todos puedan sentirse llamados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad¹⁰.

Finalmente, en este momento estamos llamados a vivir profundamente nuestra experiencia de fe, estamos invitados a entrar en el mundo de la interpretación, el mundo de la hermenéutica, el mundo humano. La fe cristiana no es sólo

9 FRANCISCO, PP. *Bênção Urbi et orbi*. Momento Extraordinário de oração em tempo de epidemia, Adro da Basílica de São Pedro, 27 de março de 2020. Disponible en: <http://www.vatican.va/content/francesco/pt/messages/urbi/documents/papa-francesco_20200327_urbi-et-orbi-epidemia.html>. Recuperado el 28/05/2020.

10 Loc. cit.

una esperanza de que algo bueno pueda suceder. Esperar es natural para los seres humanos y la fe pasa por esto. La fe es la seguridad de la esperanza. Es cuando lo que se espera se convierte en una convicción total basada en el carácter de la persona que prometió. “La fe es certeza de lo que esperamos” (Heb 11, 1). En este momento, seamos personas de fe.

La catequesis en la gran transformación de la pandemia

Mateo Calvillo, Pbro.¹¹
Morelia, México

La pandemia del coronavirus transforma la vida en todas sus expresiones. Es una transformación radical y universal, que viene a sumarse a la transformación total y radical introducida por los medios electrónicos de comunicación.

La manera de vivir, pensar y comunicar cambia. La manera de vivir la fe y de comunicarla, consecuentemente, debe transformarse de igual manera.

Es muy actual la definición de catequesis que se usaba en Francia: la catequesis es una manera de entender mi vida con la Palabra de Dios. Es tiempo de que la familia de Cristo aporte un elemento nuevo a la gestión de la pandemia: debe dar sentido a lo que los pobres viven a la luz del proyecto de Dios.

Es importante que la catequesis dé una visión completa del Proyecto de Dios que salva, de ahí los libros de texto y los temas importantes. Pero, al mismo tiempo, debe tomar la situación trágica como Palabra

11 Presbítero de Morelia, Michoacán, México. matcypaz@gmail.com

de Dios y entender su plan y sus exigencias. Hay que tomar las transformaciones inducidas por la pandemia como contenido de la catequesis.

En esta lectura de la realidad a la luz de Dios, entenderemos que la pandemia pone al descubierto un mundo en descomposición social y moral (*relativismo*). Hay que señalar proféticamente la frivolidad y descuido con que las autoridades han tratado la pandemia. Señalar los grandes crímenes, la irresponsabilidad y las injusticias contra los pobres, las manipulaciones y las mentiras en el trato político de la situación. Las negligencias criminales que han llevado a la muerte a muchos pobres y han expuesto al personal de salud a la muerte.

El sufrimiento indecible, la muerte, ponen de manifiesto a muchas personas que viven tranquilamente al margen de Dios (secularismo, naturalismo). Viven sin fe, son creyentes sociológicos. Aparece una gran necesidad de conversión a Dios.

¿Quién se preocupa de la vida eterna de los que mueren por el coronavirus? ¿Qué presencia tiene la Iglesia, con sus auxilios espirituales, al lado de los moribundos infectados?

Estos terribles sufrimientos nos han pasado porque hemos abandonado a Dios y hemos quebrantado sus leyes, como clamaban los judíos en el destierro. Es el momento de proclamar el grito de Jesús en el desierto: arrepíentanse y pongan su confianza en la Palabra de Dios (Llamamiento).

Otros factores son componentes muy importantes en la transformación. El fenómeno cultural de la comunicación tiene un juego profundo y poderoso en la situación que exige transformación. Este fenómeno merece ser tratado en una reflexión aparte.

Los muy avanzados instrumentos electrónicos de la comunicación también tienen su impacto en la catequesis y la transforman a su manera. Su empleo es inaplazable y transforma la acción de ella.

Por otro lado, los mismos instrumentos ofrecen una competencia terrible y brillante a la catequesis y le plantean graves y urgentes necesidades de transformación. Son medios atractivos y ricos al servicio de la comunicación de la Palabra de Dios. Por ejemplo, la conferencia virtual puede usarse en la sesión de catequesis, permite la participación de la familia, la conectividad, la participación. Novenarios de difuntos y misas de fin de novenario se celebran en videoconferencia por las restricciones de la pandemia.

Siempre hemos de estar atentos a las señales de los tiempos. Se requiere una visión profunda y global de los catequistas para entender al creyente de hoy y traducirle adecuadamente el mensaje. Es importante la atención vigilante de los catequistas de este mundo en constante transformación, esta vez trágica.

Hay que encontrar el mensaje de fe, esperanza, fortaleza que los creyentes esperan escuchar en este momento. La catequesis no debe ser una elucubración, sino una respuesta

a los cuestionamientos que los creyentes se hacen y de una buena noticia que sana las heridas y hace recobrar la calma.

Hay que anunciar la Palabra del Señor con explicaciones respaldadas por la vivencia de fe en la comunidad, y por el testimonio de presencia servidora al lado de los que necesitan librarse de la muerte y tener una mano de la cual agarrarse.

Transmitir la fe desde la familia en tiempo de pandemia

Hermilio Cárdenas Glez, Pbro.¹²
Guadalajara, México

1. ¿Desde dónde escribo?

Es importante describir someramente desde dónde escribo, porque la situación es condicionante, y a veces, determinante. Escribo desde una comunidad cristiana parroquial, “San Gabriel Arcángel”, en Guadalajara, México, donde yo soy el párroco desde hace trece años. Es una comunidad netamente urbana. Gran parte de la población tiende a envejecer. La vida de la comunidad transcurría de forma tranquila, sin mayores sobresaltos, a no ser por el bullicio del tráfico, pues vivimos en medio de grandes arterias. Era lo cotidiano de una comunidad de la gran ciudad.

De pronto, se empiezan a escuchar en las noticias que el virus se acerca, hasta decir “Ya está aquí”. Y de ahí en adelante todo cambió. Las respuestas sanitarias han sido

12 Párroco en la Parroquia “San Gabriel Arcángel”, Guadalajara, México.
hermiliocg@hotmail.com

muy variadas en nuestro país, como grande y variado es nuestro territorio. Yo escribo desde este rincón de Jalisco en el occidente de la República, lo hago desde un Estado que se precia de ser laico, aunque la mayoría somos católicos y con muchas tradiciones religiosas.

En los análisis sobre la vivencia religiosa siempre saldrá el tema de la familia. Queremos acercarnos a pensar en ella en el contexto de la catequesis: la transmisión de la fe en la familia.

La familia es una institución que tiene muchísimas dimensiones. Se le ha llamado “célula básica de la sociedad”, “Iglesia doméstica”, “base del tejido social”, etcétera. Ahí se concentran muchas de las dificultades y de las posibilidades.

Hoy nos acercamos a ella en este espacio como lugar de transmisión de la fe, sobre todo pensando en los niños y en este contexto de confinamiento, del “Quédate en casa”.

2. La familia, transmisora de la fe

En el último tiempo, la transmisión de la fe en las familias ha tenido características y acentuaciones que no se vivían antes: la vida de trabajo de los papás con sus horarios, el descanso de los fines de semana, los medios de comunicación y tantas nuevas situaciones, hacen que la vivencia de la fe en la familia sea cada vez más esporádica, marginal y hasta nula. Parece que no queda lugar para Dios.

¿Qué pasa en estos días? Desde iniciada la pandemia la situación de la familia se ha vuelto más acuciante. La

referencia a lo religioso que se tenía con la participación de la catequesis, generalmente los sábados, ha quedado en pausa. La catequesis de los niños en esta diócesis de más de quinientas parroquias, había tenido un auge muy significativo, tanto a nivel de materiales propios como en la formación de los catequistas, aún a nivel superior. Pero, de pronto, todo se ha cortado. La situación de confinamiento ha traído variadas consecuencias. Los templos y sus anexos, antes considerados puntos de referencia obligados, en este momento enmudecen sus campanas. Se pensaba que los papás tendrían más tiempo para iniciar a los niños en la oración, en los rudimentos de la fe, pero quizá los tomó desprevenidos; muchos de ellos, en el mejor de los casos, con una formación religiosa precaria y fragmentada, reducida, cuando mucho, a la misa dominical. Además, las mismas exigencias de la Escuela, cuyas clases ahora son virtuales, absorben la mayoría de los tiempos y recursos. De nuevo, el aspecto religioso queda marginal, no se considera dentro de los elementos esenciales para la vida económica, política, social o educativa. En el mejor de los casos, la fe viene al final de la lista de necesidades.

Aun así, la situación nos está urgiendo a buscar caminos para que la catequesis familiar encuentre su lugar, para que la catequesis que imparten los catequistas complete, o en ciertas ocasiones, supla totalmente lo que de por sí tendría que realizarse en la familia, como una Iglesia doméstica en donde deberían reflejarse los diversos aspectos o funciones de la Iglesia, como son la misión, la catequesis, el testimonio,

la oración, etc. Es momento propicio para potenciar la catequesis familiar.

3. Identidad de la catequesis familiar

En general podemos decir que la catequesis en y desde la familia tiene una misión de iniciación a la vida cristiana, pues precede, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis. En la familia los papás tienen la misión de ser los primeros educadores en la fe, del despertar del sentido de Dios, de los primeros pasos en las oraciones sencillas, de la experiencia del amor humano inspirándose en el amor de Dios. Esta catequesis es más de testimonio que de instrucción, más ocasional que sistemática, es decir, no se trata tanto de seguir un libro con sus apartados o capítulos.

En esta nueva situación cultural la labor de los abuelos se ha vuelto muy significativa, pues ellos tienen un aporte muy valioso, dado que en repetidas ocasiones son los que pasan más tiempo con los niños; su sabiduría y su sentido religioso son muchas veces decisivos en la transmisión de la fe. Podríamos decir: ¡a los jóvenes la tecnología y a los abuelos la sabiduría!

4. Lo propio de la catequesis familiar en este tiempo

Este tiempo, con toda la angustia e incertidumbre que ha traído, es una oportunidad para entrar en un proceso de aprendizaje para el silencio y ahí escuchar la voz de Dios;

para encontrar y darle un sentido al sufrimiento, no sólo desde el punto de vista psicológico o de otras dimensiones de la persona, sino desde Jesucristo, quien aceptó someterse al sufrimiento humano hasta su muerte. Sí, es un sufrimiento que no escogemos, pero podemos completar en nuestra propia carne lo que falta a la pasión de Cristo. Es necesario explicitar el sentido gozoso de nuestra vida, a pesar de las contrariedades, como una ruta hacia Dios en compañía de otros hermanos de camino, comenzando con los de la propia familia, fijándose siempre en los más pobres. Tomar conciencia que nos podemos topar aún con la misma muerte. Aprender no solamente a cuidarnos, sino también a cuidar a los demás. Somos guardianes de los demás.

En esta tarea hay que convencerse de que no estamos solos, de que Jesús sigue vivo y que va con nosotros en el camino de la vida para guiarnos, y detrás de nosotros para protegernos; Él nos dice que estamos en los brazos de Dios. Los cristianos estamos llamados a “dar razón de nuestra esperanza” (1 Pe 3,13), sabiendo que este tiempo va a pasar y que tendremos que salir de esta pandemia renovados. Será necesario animarnos mutuamente y que el Espíritu de Jesús nos indique el camino a seguir.

Siempre quedarán cuestiones por seguir estudiando y reflexionando, tales como ¿cuál tendrá que ser la relación entre los catequistas de la comunidad y los miembros de la familia en el orden de la catequesis? ¿Cuál será el prototipo de cristiano que se tiene que formar en el próximo futuro?

Las ventajas de la incertidumbre ante la armonía descontextualizada

Carolina López Castillo, O.C.V.¹³
San José, Costa Rica

Definitivamente este año 2020 será recordado por colocar a la humanidad en una posición de incertidumbre, cargado de respuestas vagas a preguntas inéditas. Y ante la oportunidad que me brinda el Instituto “Escuela de la Fe” de Chile de escribir algunas ideas acerca del papel que ha jugado la catequesis en medio de la crisis sanitaria que vive el mundo entero, ofrezco algunos pensamientos que nacen de lo que he percibido en medio del devenir de los acontecimientos que están enfrentando muchos directores de catequesis y catequistas de base.

a) Lo primero que apunto tiene que ver con el papel primordial de la catequesis en la educación de la fe, y cómo esta tarea se mantiene, aún en medio de la crisis que

13 Virgen Consagrada de la Arquidiócesis de San José, y Asesora Nacional de Educación del Ministerio de Educación Pública de Costa Rica. carolinalopezcastillo21@gmail.com

vivimos. Bien se sabe que las concepciones que desarrollan los interlocutores de la catequesis –desde cualquier ámbito o acción– referente a Dios, a Jesucristo, la conversión, la acción del Espíritu Santo, la Iglesia, la vida en comunidad, los valores cristianos, el ejercicio del servicio, entre otros, depende de lo que se transmite en la catequesis misma y de lo que logran o no, los catequistas, principalmente quienes trabajan de forma directa con los que aún recurren a estos procesos de formación. Los catequistas son los encargados de traducir la fe que se declara, en una fe aplicada por personas y comunidades.

Lo preocupante resulta cuando se descubre una disociación entre las reflexiones que se van gestando en los órganos centrales que elaboran la catequesis, y los encuentros de catequesis que realizan directamente los catequistas. Esta brecha ha quedado aún más evidenciada por el momento coyuntural que vivimos ante el tema de la pandemia. Es decir, catequistas que de pronto y de la nada deben seguir respondiendo al desarrollo de encuentros formativos, pero ahora sin comunidad de vida, porque el distanciamiento social exige otra modalidad.

Por eso, a modo de reflexión, señalo varias rupturas que han tenido que enfrentar las personas catequistas de base, a manera de preguntas: los programas catequísticos basados en contenidos temáticos, ¿están facilitando u obstaculizando la vivencia de la fe que en este momento está en manos de las familias? La catequesis, ¿debería modificar los programas tradicionales en otros que planteen retos donde haya mayor

unidad entre experiencia y contenidos? ¿Será que puede invitar a los interlocutores a que sean constructores de sus propias preguntas, trazar sus propias rutas de progreso a partir de la comprensión de la integración de vivencia y contenidos? ¿Cómo llevar la catequesis a una realidad más activa, creativa, que nazca de situaciones cotidianas y perspectivas conocidas y familiares para los catequizandos, donde los esquemas doctrinales no cierren la oportunidad a las prácticas transformadoras?

Lo que digo, es que, en la medida de lo posible, la catequesis debe conectar los temas que le son propios, con la realidad concreta de las personas, las familias y las comunidades, colocando al interlocutor como centro de todo el proceso de aprendizaje, para que tenga oportunidad de una participación protagónica y donde el Evangelio sea su referente real y significativo.

b) El segundo aspecto en el que me quiero detener es en el aspecto pedagógico. Seguimos pensando la educación de la fe desde lo tradicional, lo escolar, lo conocido, desde la certeza, la tierra firme y llana. Pero, ¿qué sucede cuando ese terreno seguro se vuelve falso e incierto, como está sucediendo en este momento de la historia de la humanidad? El fenómeno del virus, en sus causas y sus efectos, se puede explicar más por sus grados de complejidad y caos, que por las prácticas exitosas. Lo que estamos visualizando como una gran amenaza, no deja de ser similar a la naturaleza misma de la realidad en que viven muchas de las personas catequizandas, es decir, sus esquemas cotidianos resultan

igualmente de complejos y caóticos, o, si se quiere, aún más que lo que nos ha dejado la pandemia. La complejidad de esta enfermedad solo es espejo de la naturaleza misma del acontecer humano.

Ya la realidad social actual, con o sin virus, es bastante complicada en términos cotidianos, lo que complejiza aún más la educación de la fe. La catequesis debe comprender esto para trazar sus líneas pedagógicas, es decir, que los interlocutores de la catequesis son personas con realidades muy diversas, lo que repercute en pensar propuestas a partir de sus propias perspectivas de vida, de las problemáticas que las envuelven, las ilusiones que tienen, las expectativas que los llevan a búsquedas, a partir de su diario vivir.

Por eso creo que la catequesis debe familiarizarse con planos menos llanos, para moverse naturalmente dentro de espacios complejos e inciertos, lejos de contenidos predefinidos, creyendo que son los necesarios; más a partir de la formulación de preguntas generadoras o de aprendizajes significativos, para que los catequizandos establezcan sus propios retos existenciales. Para ello es necesario movilizar al catequizando a conocimientos más trascendentales, que generen capacidades y habilidades en su experiencia de vida. Cuando se logra comprender que la sociedad y sus individuos no son tan “armónicos”, también se puede comprender que la catequesis no debería formularse desde una propuesta “armónica”, sino que debería favorecer una metamorfosis positiva por medio de una pedagogía transformacional.

Actualmente la formación catequística e institucionalizada favorece conocimientos doctrinales, sin embargo, en lo que respecta a la experiencia humana, aún, en la parte más operativa y de base, puede estar dejando vacíos con deudas importantes para la sociedad, que cada día es más tecnificada y con necesidades y privaciones exclusivas. La catequesis tiene que ser más integral, para formular procesos que sean significativos y tomen en cuenta lo importante para las personas, y no sólo lo urgente de los itinerarios formativos. Abarcar este tipo de visión integral facilita la construcción de realidades fundamentadas en la solidaridad y otros valores de convivencia y participación.

Para finalizar, quiero resaltar que lo más difícil de cualquier proceso es el paso de deconstrucción de las visiones y prácticas, ya que requiere el ejercicio de discernir, disentir y cuestionar críticamente los sistemas establecidos e institucionalizados en manejos normalizados y perpetuados. No todos los catequistas en este momento se sienten con la fortaleza emocional para manejar lo que están enfrentando en estos tiempos de pandemia. Ante esto, con mayor razón la deconstrucción debe conllevar la participación de las personas involucradas y sus formas de interpretación, para que transformen su realidad, mediante un protagonismo constructivo de preguntas relevantes que sean parte de lo que están viviendo. De esta forma, el interlocutor de la catequesis podrá equilibrar entre las condiciones de vida y aquello que paulatinamente va reconociendo como valioso para su crecimiento espiritual.

El misterio del ser humano se ilumina en el misterio del Verbo encarnado, como nos lo recordó el Concilio Vaticano II, y es referente de la relación entre contenido cristiano y experiencia humana, más allá de la ruta metodológica mecanicista que se realiza, porque es lo que se conoce bien o está dentro de la zona de confort. Cristo, como centro, nos orienta a la transmisión de un mensaje evangélico orientador con acento en las experiencias humanas, desde el cual van a surgir preguntas que sean estimuladoras para alcanzar transformaciones de vida con significancia y pertinencia de acuerdo con el contexto, necesidades y características particulares. Todo dependerá de la reflexión que la institucionalidad de la catequesis facilite y de las habilidades de los catequistas para sacar ventaja de los principios de “nueva normalidad”.

La catequesis familiar en la pandemia

Francisco Castillo¹⁴
Cincinnati, Estados Unidos

En los últimos años en los Estados Unidos se ha enfatizado el concepto de catequesis familiar. Sin embargo, no ha habido una definición contundente en cuanto a lo que esto se refiere. La pregunta que hay que hacer es ¿qué significa la catequesis familiar? La catequesis familiar se percibía en términos pedagógicos. Buscaba involucrar a la familia en la educación religiosa de sus hijos. La tendencia era de conducir este tipo de catequesis en la parroquia. La presente pandemia ha propiciado un repensar la catequesis de manera más radical. De la noche a la mañana la catequesis regresó a los hogares, ya que las parroquias no podían ofrecer cursos presenciales con niños, adolescentes o adultos.

Con la catequesis en los hogares y no en las parroquias o escuelas, cabe preguntarnos qué debemos enfatizar en

14 Redactor principal y especialista multicultural en Editorial RCL Benziger, EE.UU. fcastillo@rclbenziger.com

la propagación de la enseñanza cristiana. En mi parecer, debemos resaltar a la familia como epicentro del *kerygma*. En la familia es donde se presenta y cultiva la fe por medio de la oración y el ejemplo. Lo que propongo es presentar a la familia cristiana como imagen de la Iglesia y de la vida divina. Ver a la familia como base y fundamento para entender nuestra relación con Dios y con los demás. Considerar qué significa entender nuestro concepto de la familia en la vida de la Iglesia. Debemos regresar al concepto del Vaticano II: cada familia es una Iglesia doméstica, es decir, una pequeña célula de la Iglesia universal. Debemos buscar maneras de servir a las familias y que las familias sirvan a la Iglesia. Hoy más que nunca la familia y la Iglesia dependen una de otra. Esta nueva realidad debe llevar a los catequetas a repensar cómo presentar la catequesis. Por lo menos en los Estados Unidos, la catequesis ha seguido un modelo académico. La mayoría de las familias delegan a la Iglesia la preparación sacramental de sus hijos. Esto implica atender clases de Religión en un aula por uno o dos años dependiendo de cuál sacramento se va a recibir. Inclusive, adultos que buscan iniciación en la Iglesia deben seguir el proceso del RICA¹⁵ que se asemeja mucho a cursos universitarios, y no a un caminar con otros en la fe.

15 RICA es la sigla de *Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos*, documento de la Santa Sede de 1972, que recupera oficialmente, a partir de indicaciones del Concilio Vaticano II, el proceso del catecumenado para adultos que quieren bautizarse como católicos. (N. del E.).

Debe haber un regreso a la raíz de la experiencia cristiana. La pandemia ha precipitado cambios profundos. Entender los sacramentos como parte integral de la vida. Celebraciones del diario vivir, como lo señala el hecho de que hay siete sacramentos. Una catequesis que haga eco del *kerygma* debe presentar los sacramentos como la celebración de la realidad de la presencia de Dios en nuestra vida. Ahora que muchos fieles no pueden recibir la Eucaristía, debemos reflexionar cómo se puede vivir eucarísticamente sin comulgar físicamente. Para mí, vivir eucarísticamente significa poner atención a cómo vivimos la caridad, raíz de la palabra *caris*, de donde viene la palabra “eucaristía”.

Los hispanos en los Estados Unidos somos caracterizados por la importancia que le damos a la familia, por el sentido celebrativo y comunitario de vivir y expresar la fe, y por el sentido de proximidad con el que rendimos nuestra devoción a María y a los santos. Una catequesis familiar en tiempos de pandemia, pues, debe enfatizar la piedad popular, como se expresa en el Documento de Santo Domingo¹⁶: la religiosidad popular es una expresión privilegiada de la inculturación de la fe. No se trata sólo de expresiones religiosas, sino de valores, criterios, conductas y actitudes que nacen del dogma católico, y constituyen la sabiduría de nuestro pueblo formando su matriz cultural.

16 Cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, realizada en octubre de 1992 en Santo Domingo, República Dominicana. (N. del E.).

Gracias a la experiencia de familia, conocemos y entendemos el amor de Dios. La catequesis nos ayuda a entender la realidad divina y la fe de manera incompleta. Los sacramentos nos ayudan a completar nuestra visión, pero, antes que eso, recurrimos a imágenes, analogías y conceptos de la experiencia de la familia humana: conceptos como paternidad/maternidad, filiación, fraternidad, adopción, y otras relaciones comunitarias que nos sirven como lente para experimentar el inefable amor de Dios, y así vivir una verdadera catequesis familiar.

Intuiciones

José Flores de la Cruz¹⁷
Guadalajara, México

La primacía de la vida

El catequista se descubrió de pronto a solas, cuando cada catequizando retornó a su hogar para cumplir con el aislamiento social decretado por las autoridades sanitarias, y no regresó a los espacios pastorales del templo de la comunidad durante semanas y meses.

Con el texto de catequesis en la mano, los contenidos doctrinales claramente comprendidos, la planeación de la sesión en la mente, los recursos didácticos bien dispuestos, el catequista fue confrontado por la vida misma, y en no pocas ocasiones lo encontró adecuadamente preparado para lo que sabía hacer, pero alejado de las realidades que las personas y comunidades experimentaban cotidianamente: el temor de contagiarse y poner en riesgo su vida, la pérdida del empleo y la incertidumbre ante la amenaza de una

17 Miembro de la Sección diocesana de Evangelización y Catequesis del Arzobispado de Guadalajara (SEDEC). México.
floresdelacruz@hotmail.com

crisis económica, la obligatoriedad del “quedarse en casa” y el surgimiento de roces intrafamiliares derivados de una convivencia no acostumbrada.

La realidad no acostumbrada llevó a las personas a hacerse preguntas tanto en su mente como en su corazón, las mismas que hacían llegar al catequista a través de mensajes de *WhatsApp*, comentarios en publicaciones de *Facebook* o *Instagram*; lamentablemente, no encontraban eco en las respuestas de un evangelizador habituado a responder desde formulaciones aprendidas para un solo contexto, para una aparente “normalidad”, para una limitada finalidad de sacramentalizar a las personas antes que acompañarles en su iniciación a la vida en Cristo Jesús.

La pandemia, bien entendida como una oportunidad, vino a impulsar al catequista a migrar de una catequesis solamente centrada en contenidos doctrinales y celebraciones sacramentales hacia un aprender a asumir las angustias y esperanzas del hombre de hoy como parte esencial del contenido de la catequesis, y no a tomarles en cuenta tan solo como una referencia metodológica por implementar.

El catequista tuvo que aprender a dejar de hablar de Cristo Jesús para aprender a vivir como Cristo Jesús en relación íntima con las personas y comunidades: llevar alimento a quienes pasaban hambre, crear vínculos de economía solidaria entre vecinos, acompañar a quien se ha enfermado, consolar a quien experimentó una pérdida, solidarizarse con quien ha quedado sin empleo.

Ha sido una oportunidad para aprender a darle primacía a la vida, a valorar que desde la catequesis acompañamos a nuestros hermanos en su aprender a vivir, que los aprendizajes que hemos de privilegiar en nuestra tarea pastoral no vienen plasmados en libros y formularios para memorizar, sino que están escritos con las letras vivas del cotidiano relacionarse efectiva y afectivamente con nuestros prójimos; con un aprender a ser y un aprender a estar, ahí donde se gesta la vida en el interior de los hogares, ahí donde se desarrolla la vida en las calles y plazas de la comunidad, ahí en las redes sociales en donde la pandemia nos llevó a dar cauce a las inquietudes humanas.

La catequesis familiar

Veníamos de una catequesis ya tan acostumbrada a los grupos de catequizandos que se reunían en los alrededores del templo, cuando providencialmente la pandemia nos dio una oportunidad única, tan anhelada en muchas comunidades, donde quizá ni idea teníamos de lo que ello implicaba: el que el ambiente familiar se repositonara como el referente principal de toda catequesis.

Los catequizandos quedaron confinados a sus hogares por semanas, llevándolos a experimentar un mínimo de contacto con el catequista, ya no digamos con el presbítero de su comunidad, a quien si acaso veían en la transmisión de la Celebración Eucarística por redes sociales.

Ello propició una oportunidad y un desafío para la catequesis familiar que vinieron a evidenciar nuestras debilidades al respecto. Las familias, más allá de tan solo papá y mamá, recibieron la encomienda de acompañar de manera evidente la educación en la fe de sus integrantes, de toda edad (ancianos, adultos, jóvenes, adolescentes, niños) y situación de vida (personas con discapacidad, enfermos, parientes que vivieron a vivir en casa, etcétera).

Fue un aprendizaje desde lo esencial: el reaprender a persignarse, el balbuceo de sencillas oraciones, el reunirse a rezar el Rosario, el poner en práctica las Obras de Misericordia con propios y extraños, el escuchar las dudas de fe ante los efectos de la pandemia, el ir desarrollando una actitud contemplativa ante las maravillas de la Creación que, con la vertiginosa rutina en que antes vivíamos, no nos permitíamos valorar y disfrutar; el aceptar que más allá de las diferencias de credo existen coincidencias que nos unen con quienes profesan otra religión; y, por supuesto, el llevar a la práctica las encomiendas que el catequista (sobre todo de los menores) hacía llegar a través de medios digitales, buscando cumplir con lo programado en las sesiones del ciclo catequístico.

La oportunidad ha sido clara, el retorno a lo esencial, más allá de los grupos parroquiales y los padres de familia; la catequesis gestándose en el ámbito familiar como reflejo de la comunidad cristiana, familia de los discípulos de Cristo Jesús.

El despertar de la creatividad

Una vez superado el impacto emocional de los primeros días o semanas de aislamiento social, cuando enterados de que esto se prolongaría por tiempo indefinido, empieza a despertar la creatividad en la vida del catequista que comprende que ha de seguir con su encomienda pastoral bajo este novedoso contexto.

La creatividad, muchas veces aletargada en la vida del catequista como consecuencia del hábito de las instancias eclesiales de estar proveyéndoles de recursos que le resuelven cada situación que se le presenta, despertó al manifestarse la debilidad y fragilidad pastoral en los niveles diocesanos y nacionales.

El catequista se vio de pronto a solas ante un escenario que le exigía ser como nunca había sido y responder como nunca lo había hecho y, entonces, se permitió experimentar el acierto y, muchas veces el error, al tratar de implementar variantes catequísticas a las que nunca se hubiera permitido acceder de no ser por la pandemia.

Surge entonces el envío de actividades para los catequizandos, escritas de su puño y letra en sencillos pliegos de papel, que les hacía llegar a través de alguno de los pequeños comercios de la comunidad; los videos y transmisiones en vivo a través de redes sociales en que desarrolló los momentos de la sesión de catequesis; el contacto con sus catequizandos a través de la mensajería instantánea de los teléfonos móviles; los dibujos y videos elaborados por los niños y su familia para agradecer al

personal de los hospitales su generosa entrega en la atención de las personas contagiadas; etcétera.

En fin, la catequesis se ve sometida hoy a un proceso de revisión, a una nueva dinámica de vida y a darle el valor y alcance a todos los elementos y referentes que la constituyen. Nos vemos obligados a repensar la catequesis y los procesos de fe, a resignificar la vida y a discernir los signos de los tiempos.

Mis tres intuiciones catequéticas actuales

Enrique García Ahumada, F.S.C.¹⁸
Santiago, Chile

La pandemia del COVID-19 ha revelado realidades impresionantes de Chile actual y se me pide en particular compartir qué veo como grandes necesidades catequéticas del pueblo y de lo observable en catequistas. Me han servido las reuniones virtuales tenidas en abril y mayo de 2020 en la *Sociedad Chilena de Catequetas*. Mis tres intuiciones más fuertes son:

1. Chile requiere urgente acción misionera como condición previa a la catequesis. Si muchos en Chile han reaccionado en lo religioso con posturas extrañas al Evangelio –aunque también han surgido aun fuera de la Iglesia importantes acciones solidarias como el arriesgado servicio de los trabajadores de la salud y el inesperado éxito de la Teletón en favor de los limitados físicos– una causa clara es la creciente

18 Miembro del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, experto de Catequesis del CELAM. hnoenrique.garcia@lasalle.cl

reducción de la pertenencia católica desde el año 2000. Esto no es exclusivo de Chile, puesto que en 2007 la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, Brasil (DA) convocada con el lema “discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida”, terminó convocando a “una Misión Continental... que buscará poner a la Iglesia en estado permanente de misión”¹⁹. Pero en Chile es escasísima la presencia del catecumenado en las parroquias a juzgar por la casi ausencia de bautizos de jóvenes y adultos en Pascua de Resurrección. Además, toda catequesis debe hoy considerarse inconclusa si no ha formado discípulos misioneros. No sé cómo sigue la Misión Continental en otros países.

2. La catequesis comienza en el acto mismo con que termina la acción misionera, el breve *kerygma* anunciador de la Palabra salvadora (ver Jn 1, 1-14) con llamado consiguiente a la conversión. Los Apóstoles, desde el discurso de Pedro en Pentecostés, formularon un *kerygma* consistente en el anuncio de la resurrección de Jesucristo para creer por gracia del Espíritu Santo en su salvación cambiando (o resucitando) a una vida nueva (ver Hch 2, 32-38). Jesús usó dos formatos de *kerygma*. El más breve y popular fue el anuncio del reino de Dios: “Conviértanse, porque ha llegado

19 VCONFERENCIAGENERALDELEPISCOPADOLATINOAMERICANO Y DEL CARIBE (2007), *Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida. “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6)*. Aparecida, Documento Conclusivo, Santuario Nuestra Señora de Aparecida, Brasil, 13 al 31 de mayo de 2007, 551. En adelante DA.

el reino de los cielos” (Mt 3, 2; Mc 1, 15). Lucas muestra que el único tema de Jesús a los apóstoles y siempre es el reino de Dios: “A estos mismos, después de su pasión, se les presentó dándoles pruebas de que vivía, dejándose ver de ellos durante cuarenta días y hablándoles del Reino de Dios” (Hch 1, 3). Hay que anunciar a todos los interesados que Dios quiere reinar en cada persona y en la sociedad. En el documento de Aparecida se explica que el reino de Dios es vida plena para todos²⁰. Al magistrado Nicodemo Jesús le formuló otro *kerygma* más explicativo, que en un versículo resume la Biblia y el plan de Dios: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16). Todo parte del amor, donde está implícito el Espíritu Santo, por lo cual esta formulación incluye los grandes misterios que resumen el centro del mensaje cristiano: la Trinidad, la creación, la Encarnación, la Redención, la Iglesia de los creyentes, la vida eterna feliz con Dios. La catequesis que hace falta es kerigmática, debe explicar los tres kerigmas del Nuevo Testamento con sus consecuencias explicadas por la Iglesia, o le faltarán aspectos apetecibles y fundamentales.

3. Necesitamos preparar catequetas. En 2006 se cerró el Instituto Superior de Pastoral Catequética de Chile, “Catecheticum”, por falta de estudiantes enviados por los obispos y por los superiores y superiores de las congregaciones

20 Ver DA 353-361; 382-386.

religiosas. Generó la *Sociedad Chilena de Catequetas* que desde 2009 ha prestado servicios a la Iglesia que constan en el informe de su primera década publicado en el *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile* 36 (2018) 178-197, actualmente disponible en formato digital. Los catequistas necesitan formadores competentes, y son pocos hoy los catequetas activos con que cuentan los obispos en las diócesis para prepararlos. Hay países de América Latina y el Caribe carentes de catequetas. Se observan iniciativas para acortar los programas de catequesis familiar de iniciación a la vida eucarística y de confirmación de jóvenes, que han formado en Chile laicos participativos en la Iglesia y en la sociedad, Se ha interrumpido en Chile la catequesis social desde la recuperación de la democracia en 1990, pero estamos a punto de renovarla actualizada; no conozco autores ni programas en otros países de catequesis social popular diferente de cursos de sólo doctrina social de la Iglesia, que no suelen ser cristocéntricos ni contextualizados ni en clima orante. La educación religiosa escolar y la catequesis escolar fuera de clase requieren renovación para nuestra época pluralista con entorno global laicista. Sin suficientes catequetas decae la calidad de los formadores de catequistas y profesores de Religión católica, a pesar del excelente magisterio catequético postconciliar de la Iglesia universal y latinoamericano.

Diálogo fe y ciencias

Manuel José Jiménez R., Pbro.²¹

Bogotá, Colombia

Muchas cosas se pueden decir y señalar sobre la pastoral de la Iglesia en estos tiempos de emergencia y de crisis. Es seguro que todos hemos tenido acceso a documentos, reflexiones, así como nos han llegado cantidad de iniciativas y de formas de estar presentes y de seguir acompañando y creciendo en la fe en estos tiempos. También todos nos hemos preguntado una y otra vez cómo será todo cuando en nuestros países terminen los tiempos de cuarentena y de cierres de los templos y de lugares de culto.

De todo lo que se podría decir al respecto, quiero detenerme en un asunto en particular: la relación entre fe y ciencia. Debo decir, con tristeza, que es algo de lo cual no se habla con frecuencia entre el común de los cristianos. Aún existe el imaginario que este es un asunto que se deja en manos de expertos en teología, o para ámbitos universitarios; o, en el mejor de los casos, es una de las

21 Coordinador de iniciación cristiana, Arquidiócesis de Bogotá. manueljosej@gmail.com

tantas características y acciones de la pastoral universitaria y de sus encargados.

Desde hace mucho que este asunto atraviesa la vida cotidiana de todos los creyentes. Temas como el diálogo ecuménico, el diálogo interreligioso e intercultural y el diálogo entre fe y ciencia, hace mucho que hacen parte de nuestra cotidianidad como discípulos de Jesús. Están allí presentes en la familia, en los lugares de estudio y de trabajo, en el compartir con los amigos.

No es que se dejen de estudiar y debatir en la academia, en las universidades y en foros de todo tipo. No es que se deje de investigar sobre ello. Lo que sucede es que ahora no es asunto sólo de expertos y de estos espacios. Lo novedoso es que hace mucho tiempo hacen parte de lo que somos y hacemos todos los días.

En la actual coyuntura son muchas las fuentes a las que se podría acudir para revisar los modos en que se ha entablado el diálogo fe y ciencia. Revistas especializadas, entrevistas de radio y prensa, videoconferencias y reflexiones de expertos en asuntos de salud pública, en economía, en políticas públicas, en educación y un largo etcétera. Otra fuente puede ser el discurso de políticos (presidentes, ministros) y funcionarios públicos. Entre ellos no ha faltado la invitación a consagrarse a la virgen patrona del lugar, o a unirse a cadenas de oración, entre los consejos y sugerencias para guardar la cuarentena, el cuidado y la salud pública. Pero la más cotidiana de todas es el diálogo en familia, entre amigos y compañeros. Y otro son todos

esos mensajes y *memes* que se transmiten de mano en mano por medio de las redes sociales.

En todos ellos las posturas son variadas. Algunas acusan a Dios de la pandemia. “Lo que pasa es responsabilidad suya. Dios ha querido esto. Es su voluntad sobre la humanidad, sea a modo de castigo o a modo de una prueba en la que nos quiere decir algo”. Este discurso proviene de creyentes. A este se suma el de quienes esperan que ese mismo Dios, castigador o probador, saque a la humanidad de esta prueba. Que acontezca algo milagroso donde Dios manifieste todo su poder, y hasta su amor.

Otros, sin llegar a la afirmación anterior del Dios responsable y que responde por lo que sucede, sí esperan que Dios nos saque de ésta. O, al menos, que se sume y se una a los esfuerzos que hacen los científicos por hallar la cura u orientando lo que sucede. Dirán que cualquier cosa suma... incluso la intervención de Dios.

No faltan quienes dicen que ni Dios ni las religiones tienen algo que ver con esto. Para muchos de ellos el discurso del Dios que interviene les resulta irracional, increíble e ilógico. No faltan aquellos que se burlan de quienes se refieren a Dios. Y, de hecho, mucho discurso llamado religioso, no le ayuda mucho a Dios. Ni a la fe. Ni a la ciencia.

Se ha hecho patente el dogmatismo por parte y parte. Tanto de los creyentes que acusan a la ciencia de materialismo, como de los científicos de todas las áreas que acusan a las religiones de irracionales y pasadas de moda. Y, también, el abuso del discurso religioso por parte de los políticos.

En el diálogo fe y ciencia se pueden debatir y reflexionar muchos aspectos. Pero hay uno que es fundamental y esencial y, como se dice, transversal a todos. Este es: el modo de hablar de Dios. Más en concreto, el modo en que se entiende la intervención de Dios o el actuar del Dios personal en la historia.

La crisis actual ha sacado a flote por todos lados modos totalmente inadecuados de hablar de Dios y de su actuar, de forma directa o mediada por sus representantes. Se ha hablado de un Dios que castiga, de un Dios que nos pone a prueba, de un Dios que sana y evita el mal y la muerte de algunos en detrimento de la enfermedad y de la muerte de otros. Un Dios que bendice a algunos porque está con ellos (gente de bien), y que va a castigar y condenar a otros, lejanos a Él y a su voluntad. Y esa palabra, “voluntad” de Dios, sí que se ha usado a diestra y siniestra por creyentes, como si lo que pasa en la pandemia y todo lo que la rodea es voluntad de Dios. Incluso, en algunos lugares, se habla de apariciones de la Virgen y de videntes que ya sabían lo que iba a pasar.

Para algunos Dios es un talismán que protege y evita todo mal. Si llega a suceder eso que no se quiere o no pasa lo que se quiere, “será porque Dios y su voluntad es inescrutable”. Con ello nos mostramos hábiles en la argumentación, pero débiles en nuestra relación con Dios. Más cercanos a la superstición que a la fe.

La pregunta es: ¿de dónde provienen las imágenes de Dios? ¿Qué tipo de catequesis y de ser Iglesia ha creado este tipo de imágenes? Tan acostumbrados estamos a

hacer de modo mecánico la catequesis y la pastoral, que ni nos preguntamos por la imagen de Dios que predicamos, enseñamos y socializamos. ¿Cuál es la imagen de Dios en nuestros libros de catequesis? ¿Cuál es la imagen de Dios cuando preparamos las confesiones? ¿Cuál es la imagen de Dios que transmitimos en los retiros espirituales, homilías, textos espirituales, consejerías y oraciones? Estas y otras preguntas adquieren en este momento una importancia de primer orden. No sea que estemos usando “el nombre de Dios en vano”. No sea que acomodemos a Dios a nuestros caprichos e intereses personales y de grupo.

Tarea urgente, y no sólo por la coyuntura actual, es purificar nuestras imágenes de Dios y ser más cuidadosos y respetuosos en nuestro modo de hablar de Dios. En esto no podemos volver a la “normalidad”. Por lo menos no a esa que estamos habituados donde la imagen de Dios deformada se transmite y se socializa de generación en generación. Es claro que la emergencia va a pedir replantear muchas cosas en la catequesis. Desde garantizar implementos de bioseguridad en nuestras iglesias y salones, hasta implementar la virtualidad o la alternancia entre presencialidad (grupos pequeños) y virtualidad.

Pero con este breve escrito he querido abordar un problema de fondo y no sólo de forma o de formas. Fuerte y fundamental es la imagen de Dios. En ella, en su purificación y cuidado, no sólo se juega el diálogo fe y ciencia, cuestión fundamental en toda pastoral del presente y con mayor razón del futuro, sino ante todo la “credibilidad” y “racionalidad” del cristianismo y del hecho religioso en general.

Intuiciones catequéticas en medio de la pandemia

Balbino Juárez, F.M.S.²²
Ciudad de Guatemala, Guatemala

Algunas intuiciones catequéticas que he decantado en las últimas semanas a propósito de esta pandemia, son:

1. **La posibilidad de devolver a la recepción sacramental su valor dentro de un itinerario.** Ofrecíamos la catequesis que llevaba como punto final a la recepción sacramental y parecía que más allá no había nada interesante. La pandemia nos ha obligado a quedarnos en casa y la asistencia a misa y la recepción sacramental se han limitado a la participación virtual o televisada. Y con ello la angustia de que una tradición de recepción sacramental se viene abajo. Pero la vida cristiana va más allá de la recepción sacramental. Jesús puede ser experimentado y vivido en la relación familiar, en los pequeños y grandes actos de servicio que

22 Miembro de la Congregación de los Hermanos Maristas, experto de Catequesis del CELAM y Vicepresidente de la *Sociedad de Catequetas Latinoamericanas* – SCALA. balbinoj@hotmail.com

hacemos a quienes nos acompañan, en la escucha atenta a la Palabra de Dios, en los momentos de oración personal o familiar en que utilizamos o bien el silencio o bien la piedad popular; en el compartir el pan y los relatos en torno al dolor, el sufrimiento, la enfermedad, la muerte, la paz, la alegría y la victoria. Nos concientizamos que tenemos muchos caminos de encuentro con Jesús y de crecimiento personal y comunitario: eso es la vida cristiana. Ya volverán los momentos celebrativos comunitarios donde apreciaremos el estar con otros y donde valoraremos el recibir el pan que nos fortalece para ir a la misión. La celebración sacramental como estación temporal que nos permite seguir en la cotidianidad de seguir a Jesucristo. Revivimos la intuición de Juan en su evangelio: el mayor regalo que Jesús nos da es el servicio y el mandamiento de amarnos los unos a los otros.

2. La necesidad de salir de nuestra zona de comodidad para estar con los otros y redescubrir la dimensión humana. Se hace difícil permanecer en una casa que no tiene patio, donde lo más largo es un pasillito donde está la sala-comedor-cocina. Nos sentimos apretados y con deseos de expandir nuestro cuerpo. Y recordamos con nostalgia la vida fuera de casa. Esa es la experiencia de Iglesia. Nuestras parroquias se van quedando pequeñas, no por espacio, sino por actividad y presencia de personas, pero no sentíamos la necesidad de salir de sus límites. La pandemia nos ha hecho experimentar la necesidad de entrar en contacto con los demás y los que nacimos en el

siglo pasado hemos tenido que aprender en pocos días eso de las videoconferencias y los *chats* para comunicarnos con quienes queremos. Y pasan los días y los catequistas buscan cómo conectarse con sus interlocutores, con otros compañeros catequistas, con la coordinadora o con el párroco. Y vamos conociendo la realidad del otro, que se vislumbra en el fondo de la videoconferencia o en los sonidos ambientales que lo rodean. Es la casa de fulanita, de menganita, ahí está su familia y no queda más remedio que vivir juntos. Nuestra individualidad se abre a la comunidad, como la fe. Una catequesis que descubre la realidad de sus interlocutores y va más allá de los contenidos doctrinales y litúrgicos para compartir vida, angustias y esperanzas. Una iniciación que parte de la experiencia humana de encontrarse y de compartir desde la limitación, para llegar juntos al encuentro de Alguien que se hace compañero de camino. Una iniciación donde todos los que están en casa participan, pues no hay remedio, y donde todos pueden aportar y crecer. La catequista se vuelve una más, con límites (y familia presente), que acompaña al grupo y a cada participante desde lo esencial que es el contacto humano.

3. La posibilidad de compartir y transmitir realmente nuestra fe en familia. Parecía que la vivencia de la fe era tarea de los abuelitos, los catequistas y los profesores de Religión. Pero ninguno de ellos vive en nuestra casa, salvo contadas excepciones. Y las dinámicas familiares nos permiten expresar nuestra convicciones religiosas y espirituales sin prisas. Pasamos Cuaresma y valoramos los signos. Pasamos

Semana Santa y nos inventamos pequeños rituales que evidenciaban nuestra identidad cristiana. Pasamos mayo y, entre actividades escolares virtuales, confeccionamos altares marianos y grabamos videos evidenciando la presencia de María en nuestras vidas²³. A ello le añadimos las charlas y rezos virtuales. Como familias estamos redescubriendo las bases de nuestra fe, expresadas en la forma como vivimos los acontecimientos cristianos. Y cuando llegan las noticias de contagios, de pérdida de empleo, de ida y permanencia en el hospital, de muerte sin velatorio, nuestro hogar se abre a la búsqueda de lo trascendente con una mezcla de miedo y confianza. Son estas vivencias las que nos recuerdan que la transmisión de la fe no consiste solamente en asimilar verdades teológicas, sino en manifestar nuestras convicciones por medio de acciones. Adultos, jóvenes y niños unidos, haciendo experiencia como las familias hebreas en la noche de Egipto.

4. La posibilidad de vivir la diaconía. No pocas familias han tenido que vivir esta pandemia con limitaciones. Quienes no han podido regresar a su trabajo, quienes no tienen dinero para hacer las compras básicas, quienes no pueden salir de casa por su fragilidad de salud o condición. En una cuarentena que se extiende interminablemente y que no hace honor a su nombre, estamos siendo testigos de gestos de solidaridad, tanto con quien vive cerca de

23 En la mayoría de las parroquias y colegios católicos de Centroamérica mayo es el mes mariano (N. del E.).

nosotros como con quien vive lejos. Conseguir alimentos, implementos de limpieza, mascarillas, ropa, dedicar tiempo para dar tutorías virtuales, ayudar a ancianos o personas en discapacidad... son expresiones de las que no nos damos cuenta y están ocurriendo. El sentido de empatía mueve el corazón y la voluntad de querer avanzar juntos, sin que nadie se quede atrás. Vivimos el cristianismo de los orígenes, que está atento a quien está en necesidad y comparte lo que es y tiene. Frente a itinerarios catequísticos centrados en los procesos cognitivos, la posibilidad de crecer en el encuentro con Jesús desde experiencias de solidaridad, nos ayuda a visualizar formas inéditas de preparación a la Confirmación desde el servicio.

5. **Importancia de la formación de catequistas.** ¡No hay remedio! Las prisas diarias nos hacían ver la formación como algo reservado a tiempos especiales breves. El encierro nos ha abierto a múltiples formas de crecimiento. Charlas y talleres virtuales, cursos de Cristología, búsqueda de herramientas para evangelizar desde lo virtual, lecturas que se habían quedado en el librero. Muchos catequistas aprovechan el tiempo para incrementar su formación, para revisar sus planes, para replantear la catequesis. ¿Por qué no aprovechar este tiempo para ver de qué manera hacemos de la iniciación a la vida cristiana la forma habitual a la catequesis, y no solamente un camino de recepción sacramental? ¿Hay algo más allá del catecismo, del manual, del folleto de catequesis, de la doctrina, de las oraciones, de los ritos, que constituya vida cristiana? ¿En qué experiencias

tenemos que invertir más tiempo? ¿Cómo reducir las reuniones con niños y adolescentes para incrementar las reuniones y experiencias con los adultos que son quienes marcan la tónica religiosa en la familia?

En medio de la pandemia, tranquilidad y confianza:
“No teman, yo estoy con ustedes hasta el fin de los tiempos”
(Mt 28,20).

¿Qué hemos aprendido?

Cristina Laguardia²⁴

Asunción, Paraguay

En mi país, Paraguay, la pandemia tuvo su impacto desde el 9 de marzo, cuando apareció el primer caso, con una persona venida del extranjero. Al día siguiente, el gobierno inició una cuarentena muy estricta hasta el 18 de mayo, donde se inició la primera fase muy leve de contagios.

Fue muy duro, pero valió la pena por los resultados a la vista: a la fecha son solo 900 contagiados, 500 recuperados, 11 fallecidos y 8 internados. Los contagiados son todos venidos del extranjero.

Desde el punto de vista catequético se pueden indicar tres factores preponderantes que marcaron esta situación única de nuestro tiempo.

a) En primer lugar, el acto realizado por el Papa Francisco el 27 de marzo, en una soledad infinita en la Plaza de San Pedro, centro de la feligresía católica mundial; el mundo

24 Miembro del Departamento Arquidiocesano de Catequesis de Asunción, Paraguay. claguardia@gmail.com

entero, sin distinción, estuvo pendiente de este acto. Eso nos indicaba la gravedad de la situación ante la cual no tomábamos aún conciencia.

“Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente”, fueron parte de sus palabras. “En esta barca, estamos todos”, señaló. En realidad, todo el mundo estaba en esa barca.

“La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestros proyectos”. Así, nuestra catequesis se paralizó. No sabíamos dónde ir ni cómo nos ahogamos en esa tempestad. En esos momentos estábamos sin brújula para orientarnos, solos, sin más cercanía que la oración, buscando consuelo.

Esas imágenes del Papa pidiendo a Jesucristo su poder sanador y su abrazo consolador sobre el mundo, quien nos pedía no temer, quedarán imborrables en la memoria de esta generación que ha vivido esos inenarrables momentos.

b) El segundo momento impactante fue la Semana Santa, realizada a puertas cerradas, sin el Pueblo de Dios; sin duda, una muy dura prueba para fieles y sacerdotes. Tuvimos como subsidio una guía litúrgica para realizar en los hogares. Como iglesia doméstica, cada familia cristiana tuvo indicaciones, por ejemplo, para el Jueves santo, para que los padres hiciesen el lavatorio de los pies con sus hijos y las oraciones en familia. Para el Viernes santo había

indicaciones para los momentos de oración (como las 7 palabras), al igual que para el Sábado santo.

Debido a la imposibilidad de contar con el presbítero para las celebraciones de Semana Santa, los padres fueron puestos en su función de “sacerdote familiar”. Este “ejercicio” potenció muchísimo a las familias en su misión de *sacerdote, profeta y rey*, que vino a animar, a despertar a los adultos en los hogares, algo particularmente valioso ante el momento tan acuciante e incierto, que se estaba viviendo.

c) El otro aspecto que despertó y encendió los corazones, aún de los que nunca han acudido a misas, fue la cantidad de celebraciones litúrgicas por todas las redes sociales, en la televisión, en diferentes horarios, así como las misas diarias en Santa Marta del Papa Francisco, y la adoración al Santísimo. Muchos adultos encontraron consuelo en esos momentos brindados por las redes y la televisión.

Estos momentos impulsaron a realizar la catequesis en forma virtual. *Whatsapp* fue el medio más utilizado y, luego, las plataformas digitales. Esta situación nos exigió sacar una Guía de catequesis virtual y poner los momentos del acto catequístico de modo resumido, bajo el riesgo de que se dispersaran en los contenidos.

La Semana Santa fue una gran motivación para que los padres y adultos, sintiéndose protagonistas, se conectaran en la catequesis virtual. Hubo muchos frutos de conversión personal y familiar en esos encuentros virtuales. Las personas enviaban vídeos y audios con sus testimonios a los catequistas.

La amplia difusión de la Guía para catequesis virtual hizo que la televisión ofreciese espacio para dar catequesis familiar de niños y sus padres, pre adolescentes, jóvenes y adultos desde el 6 y 7 de junio, para llegar a todo el país con 28 minutos por etapa catequística, con la modalidad de Iniciación a la vida cristiana. Inicialmente será en este tiempo de pandemia, pero con posibilidades de seguir, según aceptación. Es una gran oportunidad de evangelizar, siguiendo un itinerario.

Ante este contexto local se puede decir que los aprendizajes obtenidos en esta pandemia (que debemos incorporar ya en breve), son:

- Preparar la catequesis virtual, con el itinerario propuesto por etapas, y tenerla disponible para cada evento o situación que nos toque vivir en la vida, actualizándola en forma permanente.
- Preparar a los catequistas en esta metodología virtual de evangelización por redes.
- Considerar todas las etapas del ciclo evolutivo para esta catequesis virtual.
- Considerar el resurgir y protagonismo de las familias como iglesia doméstica, que últimamente no estaba tan motivada, a pesar de los documentos de la Iglesia que subrayan su relevancia.
- La enseñanza acerca del uso de tecnología a los adultos mayores en las comunidades, realizado por jóvenes catequistas, como un servicio a la iglesia,

para seguir las misas, las catequesis, etc. Debe ser motivado por los responsables.

- Luego de esta experiencia, seguir animando a los adultos (padres o jóvenes desde 18 años), en la gran tarea que tienen de participar en la catequesis de adultos, tanto bautizados como catecúmenos. Esto respalda plenamente lo que dice el documento del CELAM “La Alegría de Iniciar Discípulos Misioneros” (2015), n° 123, de acoger a las personas en su amplia variedad de actitudes hacia lo religioso, asunto que aún causa mucha resistencia de catequetas, obispos y clero, que sólo se involucran en la catequesis de niños y jóvenes, y no les dan el valor debido a los itinerarios de adultos.

Reflexiones desde mi experiencia personal

Alejandro López Cardinale, Pbro.²⁵
Boston, Estados Unidos

Escribo estas reflexiones desde mi experiencia personal de haber vivido el contagio del virus, de estar tres semanas en total aislamiento, de acompañar a varios que han sufrido sea bien el contagio, la pérdida de un ser querido, la pérdida del trabajo o la falta de preparación para asumir la jornada de cuarentena; y de vivir en carne propia la absoluta falta de energías para reasumir los desafíos y oportunidades que amerita el ministerio pastoral en una comunidad parroquial y en una arquidiócesis.

a) La primera intuición que me llega es la necesidad y la habilidad de estar abierto y dispuesto a la sorpresa, a esa mirada capaz de captar las cosas alrededor de uno en un sentido totalmente nuevo, a dejarme sorprender por las mismas cosas que ya estaban, pero que para mí habían perdido

25 Párroco en Saint Benedict, Somerville, Arquidiócesis de Boston, EE.UU. lopezc_a@rcab.org

su transparencia y trascendencia; dejarme sorprender por la gracia. ¿No se trata de eso el anuncio de la Buena Nueva, de la sorpresa de sentirte amado por un Padre que entrega a su Hijo para tu salvación, y que te coloca en medio de una comunidad para que puedas vivir con más intensidad, en comunión y en solidaridad esa sorpresa de amor?

Luego de haber estado incapacitado, inclusive de poder pensar, orar, ver la presencia de Dios en medio del malestar de la enfermedad, la misma ansiedad por la falta de respiración te coloca en una posición de sorprenderte, pues ¡llegaste vivo al día siguiente! Esa misma sorpresa que viví día tras día al poder reconocer que aún estaba vivo, que no fue necesario llamar a la ambulancia para ir de emergencia al hospital por la falta de oxígeno, me hizo caer en la cuenta de que Dios me sorprendía en medio de la enfermedad con la luz del sol, con el canto de los pájaros, con la explosión de las flores en plena primavera vista desde la ventana. Caí en la cuenta de que, por intentar ser eficiente, por estar cubriendo todos los frentes, había perdido la capacidad de contemplar desde mi ventana cómo el sol se ocultaba detrás de los árboles y cómo los pájaros buscaban en los pistilos de las flores algo de néctar para seguir gastando libremente y a pleno pulmón su canto. Desde esta contemplación caí en la cuenta de que, así como me sentía yo, perdido ante el cambio de escenario, un cambio absolutamente repentino e imprevisto, así se sentirían los catequistas y todos los parroquianos.

Pero no solamente por este cambio de escenario, también por buscar en todo la eficiencia, y perder la capacidad y habilidad de dejarnos sorprender por el amor de un Dios que apasionadamente nos recuerda todos los días que fue Él quien nos escogió desde el seno de nuestra madre, nos llamó por nuestro nombre y nos invitó a seguirlo.

b) Una segunda intuición está en el acompañamiento pastoral tanto de uno mismo como persona, como catequista, así como el acompañamiento hacia los demás. En esto puedo indicar que mi Semana Santa, que se suponía debería estar celebrando y acompañando a mi gente, en medida alguna pude hacerlo pues fue la semana más dura del contagio. En mí, fue el caso opuesto: fue la comunidad la que me acompañó, la que caminó e hizo su jornada de fe a mi lado. De acompañante pasé a acompañado. Al final, ¿no se trata de eso la Semana Santa? ¿Dejar que Jesús se te aparezca en el camino de la vida, te explique las Escrituras y parta el pan para ti, y te haga sentir que es en una comunidad de fe que se vive más sabrosa esa predilección de Dios por uno? La imagen fresca de la tumba vacía, imagen que representa una experiencia de fe muy fuerte que viví en Nairobi en 2004, vino a mí nuevamente entre el Viernes y el Sábado Santo: la seguridad de que Jesús estuvo todo el tiempo conmigo, allí, acompañándome, muriendo conmigo para hacerme resucitar con Él.

Una vez que volví al ministerio, el estar llamando por teléfono, conversando con los parroquianos, amigos, familiares, me di cuenta de que el acompañamiento es vital:

esa capacidad de escuchar, de caminar con la otra persona, sin tener idea hacia dónde conduce esa jornada de fe, pero con la certeza de que conducirá a alguna parte, que ni el acompañado ni el acompañante conocen, pero que confían que será a buen destino. ¿No se trata de eso el seguimiento a Jesús como Él mismo se lo describe a Pedro al final del evangelio de Juan? “Te aseguro que cuando eras joven tú mismo te ajustabas la túnica con el cinturón e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, tendrás que extender los brazos y será otro quien te atará y te conducirá adonde no quieras ir” (Juan 21,18).

Estas dos intuiciones están íntimamente ligadas: sorpresa y acompañamiento. Pues me redirigen la mirada a la experiencia de Juan y Andrés al comienzo del Evangelio y la propuesta de Jesús: “Vengan y vean. Fueron y vieron dónde moraba y se quedaron con él aquel día; eran las cuatro de la tarde” (Juan 1,39); sorpresa y acompañamiento.

c) Una tercera intuición, que tiene que ver más con una reflexión *ad intra ecclesia*, es la relación entre signo-símbolo-significado-estética-mundo digital. Si las dos primeras intuiciones han sido a título personal, esta tercera lo es más. Cuando digo *ad intra ecclesia*, es porque toca sensiblemente las cuatro dimensiones eclesiales: la martirial, la de comunión, la litúrgica y la servicial. Al defender el bienestar de todos para conservar el don de la vida, la Iglesia hizo una clarísima opción por el “Verbo que se hizo carne” y, en mi criterio, extrapoló el signo eucarístico del “Cuerpo y Sangre de Cristo”, presente en la celebración eucarística, por el signo

de vida presente en el “Pueblo de Dios”. No estoy diciendo que sacramentalmente es lo mismo –y, de hecho, esta discusión teológico-dogmática la dejo para los expertos en liturgia y sacramentología. Pero, en lo que respecta a la catequesis y a la expresión de la fe en y con la comunidad, esta extrapolación hizo que la familia y el “espectador” pasasen a tener una relación con el “Cuerpo y Sangre de Cristo” en otra dimensión, quizá mucho más profunda y vivida con mayor anhelo que anteriormente –no en balde en la primera intuición propuse dejarte sorprender por cómo Dios se manifiesta en medio de los acontecimientos, y no siempre de la manera en que uno espera sino en la que Él escoge.

Y acá nos encontramos en una encrucijada, o por lo menos lo es para mí. Cuando las personas y parroquianos empiecen a regresar para la celebración del culto, ¿se conservará esta misma extrapolación, o se perderá? Al menos, yo considero vital mantenerla, pues ésta me dirige a las dos primeras intuiciones: sorpresa y acompañamiento. Y la catequesis, ¿no es la experiencia de los discípulos de Emaús?

Repensar la catequesis por la pandemia

Alfredo Madrigal Salas, Pbro.²⁶
San José, Costa Rica

Repensar la catequesis ha sido un quehacer permanente a partir de realidades o situaciones nuevas que se presentan en un mundo en continuo devenir. La vorágine de cambios repentinos ha sido un escenario permanente que pone en jaque a los creyentes para asimilarlos desde su fe y a los agentes de evangelización desde su vocación y misión.

Al hablar de cambios repentinos nos quedamos boquiabiertos ante el coronavirus que, de un momento a otro, ha cambiado todo en cuestión de días o pocas semanas. De un momento a otro la Iglesia cerró los templos, cesó la catequesis presencial, se suspendió la formación de agentes y los catequistas fueron obligados a encerrarse en sus casas. ¿Cómo repensar la catequesis ante los estragos del COVID-19? ¿Qué mensaje nos quiere dar Dios? ¿Qué

26 Residente en la Parroquia San Vicente de Moravia, San José, Costa Rica. almadrisa@gmail.com

dice el Espíritu a la Iglesia de hoy? Muchos pesimistas han considerado este fenómeno como una desgracia, un castigo de Dios, un callejón sin salida, un cruzarse de brazos. Pero muchos teólogos sacerdotes y laicos, atentos a la acción del Espíritu, lo analizan claramente como un tiempo favorable y de gracia, un *kairós*, un signo de los tiempos, en el cual Dios nos quiere hablar.

Me llamó poderosamente la atención la celebración de la Pascua este año 2020. Muchos pensaron que no habría Semana Santa, que este año la Pascua no podía celebrarse estando los templos cerrados. Se llenaron de escepticismo. Sin embargo, abundaron en las redes sociales las celebraciones litúrgicas propias de la Pascua y muchos fieles las siguieron en familia. Pero lo más valioso que se dio fue la manifestación de otro tipo de Iglesia, donde las familias, los fieles laicos y especialmente muchos jóvenes, manifestaron un protagonismo especial que puso en evidencia una Iglesia doméstica. Los templos permanecieron cerrados, pero se abrieron miles de iglesias domésticas donde imperó la celebración de la fe en familia, lo cual me hizo recordar a las primeras comunidades cristianas y la vivencia de aquel texto bíblico: “Porque donde están dos o tres reunidos en Mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos” (Mt 18,20). Ciertamente, los obispos y párrocos se esforzaron en transmisiones mediáticas, pero sobresalieron las celebraciones en las casas, donde los padres de familia comunicaron la Palabra de Dios y oraron con sus hijos. Se cerró la iglesia de los templos, pero se abrieron las pequeñas

comunidades domésticas, la iglesia en las casas, verdaderos cenáculos familiares.

Leyendo a un teólogo, todo esto me conduce a pensar que Dios quiere un nuevo modelo de Iglesia. Una Iglesia que no esté centrada tanto en los templos, donde los protagonistas sean los clérigos ofreciendo los sacramentos. Es posible que Dios nos esté diciendo que quiere una Iglesia menos clerical, menos sacramentalista y más evangelizadora. La catequesis ahora tiene que revisar la eclesiología que comunica, no sea que el Señor nos esté encaminando hacia una iglesia más de pequeñas comunidades y/o familiares, y la catequesis siga favoreciendo un tipo de Iglesia clerical y sacramentalista. Ahondemos en estos aspectos para clarificarnos.

En una Iglesia clerical, los obispos, los presbíteros y los diáconos son los que centralizan sus acciones en el templo con la celebración de los sacramentos. Ellos son los principales protagonistas, donde los laicos cuentan muy poco, o donde el laico es servidor del sacerdote y donde el mejor laico promovido sobresale en las celebraciones litúrgicas, ojalá con un alba o bata parecida. En una Iglesia clerical el párroco dice “Aquí mando yo”, y nada se mueve en su parroquia sin su consentimiento o conocimiento. Los laicos no pueden tomar decisiones en la Iglesia. Son miembros inferiores, casi niños que tienen que pedir permiso para todo. La Iglesia son los clérigos, los que mandan y deciden todo. La catequesis ahora o después del Coronavirus no puede seguir respaldando a una Iglesia clerical. No apoyemos más a una Iglesia clericalista.

Una Iglesia sacramentalista es aquella que se identifica fundamentalmente con ofrecer los sacramentos. En esta Iglesia, lo máximo para los sacerdotes es administrar los sacramentos y que los fieles los reciban piadosamente, haciendo del templo el lugar de referencia. Los sacramentos siguen siendo válidos. El problema es ofrecerlos sin evangelización. Para muchos sacerdotes la catequesis impide a los fieles acercarse a los sacramentos. Hay que ofrecerles “cursos rápidos”, entre más cortos mejor. Lo problemático está en que margina a los laicos, se descuida la catequesis, el anuncio de la Palabra, la iniciación a la vida cristiana, la oración, la escuela de formación de coordinadores para las pequeñas comunidades. En definitiva, no se interesa por la formación de pequeñas comunidades, descuida la catequización de las familias y la formación de comunidades cristianas. Los sacramentos son propios de la comunidad de fieles. Sin comunidad los sacramentos no tienen sentido.

En una Iglesia sacramentalista, repito, se privilegia la administración de los sacramentos, pero se deja de lado la formación de laicos, implicados en el compromiso social de los cristianos, un laicado de ciudadanos responsables y solidarios con los pobres, marginados y desechados. En este sentido, me llamó poderosamente la atención el reciente pedido del teólogo español Víctor Codina SJ: “Cuando

acabe la pandemia, no volvamos a restaurar la Iglesia sacramentalista del pasado”²⁷.

La catequesis, desde las enseñanzas de la pandemia, no puede seguir formando solamente para celebrar un sacramento. Claro que los sacramentos son importantes, pero no pueden darse sin una catequesis amplia que ilumine el auténtico sentido de un signo sacramental dentro de una comunidad eclesial. El problema es que los sacramentos se ofrecen sin una comunidad de vida, sin una comunidad de fe. Hoy es verídico afirmar que se da un sacramento a la mayoría de fieles que inmediatamente se alejan de la Iglesia. Se verifica en miles de niños y jóvenes que reciben la primera comunión o la Confirmación. Son un adiós a la Iglesia sacramental. No permanecen, no hay vida eclesial. Cuando acabe la pandemia, la catequesis debe cambiar su eclesiología y educar hacia una iglesia evangelizadora. El teólogo citado presenta así las características de una Iglesia evangelizadora:

La Iglesia evangelizadora es la que hace lo que hizo Jesús: anunciar la buena nueva del Reino de Dios, predicar, curar enfermos, comer con pecadores, dar de comer a hambrientos, liberar de toda opresión y esclavitud. Este era el programa de Jesús en la sinagoga de Nazaret: dar vista a los ciegos, liberar a los cautivos, evangelizar a los

27 Disponible en https://www.religiondigital.org/opinion/Victor-Codina-protagonistas-Semana-Santa-laicos-familia-gestos-solidarios-coronavirus-iglesia-evangelizadora_o_2228777138.html

pobres, anunciar la gracia y la misericordia de Dios. En la última cena Jesús instituyó la eucaristía, pero el evangelio de Juan situó en la última cena el lavatorio de los pies y el mandamiento nuevo del amor fraterno, completando la dimensión litúrgica con la más existencial y evitar así que la eucaristía se convirtiese en un mero rito vacío²⁸.

Una Iglesia evangelizadora, después de la pandemia, favorece la familia y el valor de la vida. Un sacerdote mexicano recuperado del COVID-19, dijo: “Los que estábamos ahí no teníamos contacto con la familia. Los que murieron, murieron sin tener un contacto con la familia. Qué importante será en adelante valorar la presencia de la familia, valorar a los amigos, valorar la vida”.

En fin, la catequesis no puede ser la misma después de la pandemia. Ha de revisar cuidadosamente la Cristología y la Eclesiología que nutren sus contenidos, así como sus enfoques, para no volver a caer en aspectos que distorsionan la misión de Jesús en el mundo y el verdadero sentido de una Iglesia evangelizadora.

28 Se puede revisar en <https://jesuitas.lat/es/noticias/2061-de-una-iglesia-sacramentalista-a-una-iglesia-evangelizadora> (N. del E.)

Retos a la catequesis a partir del COVID-19

Eduardo Mercado Guzmán, Pbro.²⁹
Ciudad de México, México

Estas pequeñas reflexiones quieren ser un aporte para pensar cómo tendrá que ser la catequesis a partir de la pandemia generada por el COVID-19.

Nuestros políticos en general hablan del regreso a la normalidad, pero sabemos que dicha normalidad no va a ser algo inmediato. En mi país todo comenzó en marzo y dijeron que la normalidad llegaría en abril, y así han ido pasando los meses. Y, si llega, será paulatinamente, pero no será una normalidad como a la que estábamos acostumbrados, sino que se hará con una serie de protocolos como ya se ha ido haciendo en algunos lugares. El contacto físico será uno de los aspectos que se afectarán más, algo que es tan necesario para el ser humano, con la sana distancia como nos lo obligaron las autoridades civiles, el uso de tapabocas

29 Canónigo de la Catedral de México y docente de la Universidad Pontificia de México. edmercadoguz@hotmail.com

o mascarillas, en algunos casos uso de guantes, uso de gel antibacterial, lavarse las manos frecuentemente, la sanitización frecuente de espacios públicos y privados, sólo por mencionar algunas de las medidas.

Por eso, dicha normalidad no será tan “normal”. Para decirlo de alguna manera, esta realidad que estamos viviendo ha hecho cambiar muchas cosas en nuestra vida. En efecto, hemos tenido que cambiar nuestras rutinas, lo cual nos ha desajustado; por eso, incluso hoy, hay una verdadera preocupación por la salud mental.

Todo esto no sólo ha afectado muchas realidades sociales, sino también a la forma de educar. Los que somos docentes tuvimos que aprender a utilizar las plataformas digitales para dar clases virtuales a “sana distancia”, utilizar el correo electrónico y las demás formas de comunicación como son las redes sociales; y, obviamente, cuando hablamos de la educación de la fe, han sido los mismos medios los que nos han servido para no dar por terminados nuestros procesos de catequesis.

Siento que cuando ya habíamos dado pasos adelante para renovar la práctica de la catequesis, nos enfrentamos a esta nueva realidad, que nos plantea nuevos retos y desafíos. Y esta es una primera preocupación para mí, como catequeta, que no sepamos aprovechar esta nueva realidad para crecer en la catequesis y, en lugar de esto, demos pasos atrás.

En estos días he estado releendo el documento del CELAM “La alegría de iniciar discípulos misioneros en el cambio de época. Nuevas perspectivas para la catequesis de

América Latina y el Caribe”, de 2015; esto en razón de que se los dejé como lectura a mis alumnos de Teología Pastoral. Su relectura a través de este medio me ha hecho reflexionar sobre este “cambio de época”. Para los que hemos vivido ya varias décadas somos testigos de los cambios vertiginosos que se han dado, lo cual confirmó esa intuición que ya se venía afirmando desde la preparación de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida, Brasil (pues hay que tener presente que el documento citado del CELAM está fuertemente inspirada en el documento resultado de la V Conferencia). Hoy considero que la pandemia será una de las características de este “cambio de época”.

En el documento del CELAM ya se recordaba que una característica de nuestra época, tal vez la más importante, es que vivimos en una “era digital”. En un trabajo que publiqué, titulado “Dimensión Pedagógica”, abordé el reto que tenemos en la Iglesia para aprender a usar las TICs³⁰, tanto en la educación religiosa escolar como en la catequesis. Creo que aquí está nuestro gran reto: necesitamos de la creatividad de los especialistas para crear herramientas tecnológicas que nos ayuden a no perder lo que considero que ya habíamos avanzado en la catequesis, sobre todo, una catequesis en proceso de inspiración catecumenal, desde la Iniciación a la vida cristiana en un verdadero cambio de época. Hablamos de la necesidad de nuevos paradigmas para

30 TICs: siglas de “tecnologías de la información y la comunicación” (N. del E.).

la catequesis, pues considero que esta realidad nos desafía a crear nuevos modelos educativos para ella.

No quiero ser demasiado optimista, ya que estos nuevos modelos educativos digitales no están al alcance de todos. Veo varias razones. Una, y la primera, es la pobreza de nuestros pueblos en América Latina y el Caribe. Somos pueblos con muchas desigualdades sociales. Pensemos en que no todos tenemos a nuestro alcance las tecnologías o el servicio de internet. Y ahora, con la crisis económica globalizada, si al principio hablaba de los efectos de la pandemia en nuestra forma de relacionarnos y de convivir, la crisis económica nos plantea un gran problema para tener acceso a las tecnologías.

Una segunda dificultad que veo es la brecha que existe entre los que han sido llamados “nativos digitales” y los “migrantes digitales”. Quienes forman parte de las “nuevas generaciones” seguramente no tendrán dificultad en el uso de estas herramientas digitales, pues, de hecho, nacieron con ellas. Pero no todo el resto somos migrantes, pues hay muchas personas que se resisten ante la tecnología o les cuesta trabajo utilizar, por ejemplo, un teléfono celular.

Otra preocupación que tengo es la formación de los catequistas para este cambio de época. En México, tal como creo que ocurre en distintos países de nuestro continente, la realidad es que la mayoría de los catequistas son personas mayores, a quienes les ha costado cambiar los métodos que ya han caducado. Seguramente estos catequistas no

se adaptarán a las nuevas formas en que se tendría que plantear la forma de dar catequesis.

Finalmente, sin querer verme tampoco demasiado pesimista, regreso a una idea con la que comencé, a la necesidad del contacto humano, a plantearnos el tema de la comunidad. Sé que los digitales hablan de comunidades virtuales a través del *WhatsApp* o de otras redes sociales, pero me pregunto si así tendrá que ser el encuentro con los miembros de la comunidad. Yo espero en Dios que en algún momento volvamos a experimentar el contacto físico con los miembros de cada comunidad, fruto de procesos de iniciación a la vida cristiana.

Así que tenemos grandes retos para la catequesis.

La catequesis en una cultura marcada por lo digital: una posible lección

Abimar Moraes, Pbro.³¹
Rio de Janeiro, Brasil

Vivimos en una “metrópolis global”, donde las relaciones humanas están marcadas por la velocidad, la lógica del espectáculo y el mercado. Es una “democracia” de base, con una amplia oferta de ambientes e instrumentos para que todos los habitantes de esta *urbe* digital puedan expresarse sobre los temas más variados posibles. Tal realidad, especialmente en este contexto de pandemia, nos lleva, como catequetas, a la necesidad de estudiar estas nuevas expresiones de ciudadanía, capaces de relacionar contenido, entornos, pertenencias e instituciones, porque no están claras las estrategias, los objetivos, la dinámica y las perspectivas que la catequesis debe asumir en este nuevo contexto vital.

31 Académico de la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro.
abimar@puc-rio.br

Los “procesos de mediatización” durante este necesario período de aislamiento social, se vuelven aún más potentes. Ya no podemos ignorar que vivimos en un mundo digital, en un mundo en tiempo real (*on line*), con nueva sociabilidad y sensibilidades, en el que se están produciendo grandes transformaciones en las relaciones en la sociedad. Las tecnologías de comunicación permiten la existencia de nuevas formas de interacción social mediadas, que configuran un nuevo *bios*³² y un nuevo *ethos*³³, generando un nuevo sujeto. No es simplemente un instrumento, un medio, sino un entorno, con su propia forma de vida, que expande su configuración a otros entornos y da forma a una nueva cultura.

“Internet se ha convertido en la palanca en la transición a una nueva forma de sociedad: una sociedad de red. [...] Una nueva norma socio-técnica emerge de esta interacción”³⁴. De hecho, las nuevas tecnologías han permitido la creación de dispositivos que se han convertido en parte de la vida del hombre de hoy, llegando a ser considerados como una extensión de sí mismo³⁵.

32 En términos muy simples, manera de vivir propia de un individuo (N. del E.).

33 En términos muy simples, manera de vivir propia de un grupo de individuos (N. del E.).

34 Manuel Castells, *A Galáxia da Internet. Reflexões sobre a Internet, os negócios e a sociedade*, Rio de Janeiro, Zahar, 2003, pp. 8 y 10.

35 Marshall McLuhan, *Os meios de comunicação: como extensões do homem*, São Paulo, Editora Cultrix, 1974.

Este cambio provoca la sensación de que estamos viviendo en tiempos de incertidumbre, porque en el mundo digital todo es fluido y sufre cambios rápidos. La gran velocidad con la que se propaga la información, la valoración del sentido de la vista, con una exploración excesiva de colores y formas, ha producido estrés social, característico de este exceso de información.

En 2005, a través de la Carta Apostólica “Rápido Desarrollo”, el Papa Juan Pablo II profundizó en los desafíos que las comunicaciones sociales plantean para la Iglesia. En este documento, el pontífice dedicó la tercera parte a presentar la necesidad de un cambio de mentalidad y la revisión pastoral de la Iglesia en vista a su inserción en la cultura mediática³⁶.

Desde la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y el Caribe, celebrada en Aparecida, se ha dicho mucho sobre la “conversión pastoral”. Este término indica que necesitamos aceptar y actuar dentro de un escenario de cambio y, en consecuencia, trae consigo modificaciones en el paradigma pastoral. Con respecto a la existencia de una “metrópoli comunicacional”, la conversión pastoral consiste, en primer lugar, en superar la visión y la lectura simplemente instrumental de los medios de comunicación, a favor de comprender que la tecnología de la información

36 Juan Pablo II, *Carta Apostólica O Rápido Desenvolvimento*, n.º 7-9. Vaticano, 2005. Disponible en: <http://w2.vatican.va/> Recuperado el: 26/05/2020.

está cambiando todos los aspectos de la vida cotidiana, con su propio lenguaje y forma de vida³⁷.

Spadaro sostiene que la vida espiritual de estas personas ciertamente es tocada por la dinámica de la cultura digital, que es interactiva e inmersiva³⁸. Inmersos en la cultura digital, acostumbrados a la interactividad, internalizan la experiencia eclesial sólo si pueden tejer una relación interactiva y no puramente pasiva y receptiva. Por lo tanto, el protagonismo requiere una catequesis que se mueva de la interioridad a la interactividad, de la noción de “asistido por la iglesia” a la noción de sujeto eclesial³⁹.

Para ser protagonistas, es necesario crear un proyecto catequético con el fin de que estos ciudadanos comunicativos puedan reconocerse a sí mismos como personas a quienes el Señor los envía, apasionados por Él y por todo lo que están llamados a comunicar sobre Él, testigos de la belleza de encontrarlo y hacerlo encontrar, sin que esto genere la contradicción paradójica de una especie de “indiferencia ascética”.

En esta ardua y compleja tarea, podemos inspirarnos en los cuatro principios enunciados por el Papa Francisco

37 Abimar Moraes “Uma ‘nova’ antropologia na era da Comunicação Social”, *Communio*, Rio de Janeiro, vol. 22, 2004, pp. 385-401.

38 Antonio Spadaro, *Le 6 grandi sfide della comunicazione digitale alla pastorale*. Disponible en: www.cyberteologia.it/2014/11/le-6-grandi-sfide-della-comunicazione-digitale-alla-pastorale. Recuperado el: 07/12/2019.

39 CNBB, *Cristãos Leigos e Leigas na Igreja e na Sociedade*. Sal da Terra e Luz do Mundo (Mt 5, 13-14). Documentos da CNBB 105. Edições CNBB, 2016, nn. 65-103.

en *Evangelii Gaudium*, un texto que se ha convertido en punto de referencia para pensar en la conversión pastoral. Ellos son: a) el tiempo es superior al espacio; b) la unidad prevalece sobre el conflicto; c) la realidad es más importante que la idea; y d) el todo es superior a la parte⁴⁰. Entendemos que tales principios pueden integrarse perfectamente en nuestra dimensión de formación.

Lo que hemos dicho hasta ahora de manera positiva, debe ir acompañado del reconocimiento del potencial y los límites de la cultura urbana digital. Nunca debemos perder la conciencia de que, en esta metrópoli comunicacional, es posible crear una comunidad, pero no siempre las mejores experiencias comunitarias surgen de ella. La catequesis, en esta *urbe* digital, dependerá de quién y cómo se gestione. El hecho de que “estemos” en la metrópoli comunicacional, a través de nuestras redes sociales y canales, no trae procesos catequéticos inmediatos.

Por lo tanto, es necesario identificar y calificar a los catequistas con capacidad de evangelizar en esta metrópolis comunicacional. Es cierto que la proclamación del Evangelio es tarea de todos los bautizados y bautizadas, pero solo unos pocos pueden hacerlo correctamente en formato digital.

40 FRANCISCO, *Exortação Evangelii Gaudium sobre o anúncio do evangelho no mundo actual*, n. 222-237. Disponible en: www.vatican.va/content/francesco/pt/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html. Recuperado el 07/12/2019.

De ahí el compromiso necesario para la construcción de una pastoral de comunicación en nuestras comunidades, que no solo sea pastoral “en” los medios. Incluso es necesario proporcionar recursos adecuados (humanos, técnicos, económicos, etcétera) para esta pastoral. Es necesaria una estrategia pastoral integrada, capaz de visualizar acciones a corto, mediano y largo plazo. La existencia de un plan (o política) comunicacional es una medida efectiva para evitar, como suele suceder, la evangelización por entusiasmo o por impulso en la *urbe* digital. De hecho, hay muchas iniciativas en la metrópoli comunicacional marcadas por la autorreferencialidad, la publicidad, la rivalidad, el proselitismo, el fundamentalismo e incluso el odio.

Un desafío importante es proponer comunicaciones auténticas. Comunicaciones capaces de oponerse a la avaricia económica, que no se pierden frente al poder de la fama, que no están de acuerdo con la explotación y el abuso de las personas, que no se corrompen a favor de las concesiones políticas, que denuncian la corrupción y la idolatría.

Una posible lección en esta pandemia es que hay espacio para la experiencia de la fe en la cultura digital. Pero siempre debemos recordar que la catequesis auténtica no es hacer que el Dios cristiano esté en la ciudad digital, sino esforzarse por servir al único y verdadero templo de Dios: el ser humano vivo.

La catequesis en tiempos de pandemia

Israel José Nery, F.S.C.⁴¹

Sao Paulo, Brasil

1. El contexto

Escribo este sencillo texto en el tiempo pascual de 2020, caminando hacia la Ascensión de Jesucristo y Pentecostés. Es tiempo de renovación de la fe, de la esperanza, de la caridad.

Pero, juntos, estamos viviendo una pandemia histórica, palabra griega, formada por *'pan'* (todo) y *'demos'* (pueblo). Es una enfermedad que afecta a todos los pueblos. Cada persona es vulnerable y puede ser infectada. Y este enemigo asesino invisible es el coronavirus (más específicamente, el COVID-19), usa todas las posibilidades de contagio, y con facilidad se expande y llega a todos los rincones del planeta Tierra, nuestra Casa Común.

41 Miembro del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (Lasallistas), Presidente de la *Sociedad Brasileña de Catequetas*.
irnery@yahoo.com.br

Hay una inexplicable fuerza en nosotros, los humanos. Estamos expresando ahora el amor, a través de distintas formas la solidaridad y de búsqueda de soluciones para tan grave problemática. Llama la atención y provoca la sensibilidad la entrega heroica de la vida de miles de médicos, enfermeros, personal auxiliar en servicios de limpieza y mantención, de transporte de infectados por el virus, de familiares que están noche y día al servicio de parientes necesitados. Todos arriesgan sus preciosas vidas cuidando personas de todas las edades, especialmente de ancianos y, muchas veces, sin las necesarias protecciones. Y no se puede olvidar a los que trabajan en servicios esenciales para garantizarnos lo necesario para que podamos quedarnos en casa. Todos están expuestos al contagio.

Pero hay algo muy dramático en esta pandemia. Es la especial crueldad de este virus, tanto con los que mueren como con los que continúan vivos, ya que llevarán por toda la vida pérdidas irreparables de familiares y amigos. Sabemos que todas las personas infectadas con el COVID-19 que no logran la recuperación, mueren a solas, aisladas de todos y de todo, sin la posibilidad de la presencia y de manifestaciones de afectos de personas queridas y, también, sin los signos visibles y confortantes de la fe. Y, después de muertos, sufren los parientes y amigos porque no es posible el necesario ritual de despedida, como velatorios y bendiciones, y el consuelo de los que podrían haber venido a compartir este momento de dolor. No se puede llegar cerca del fallecido, ni verlo por última vez. Es un dolor indescriptible, al que

se suma el miedo al contagio y la necesidad de quedarse en cuarentena en un ambiente pequeño, estrecho, con creciente dificultades de relaciones humanas de calidad, con riesgos de violencia doméstica y creciente miedo del futuro.

2. Algunas cuestiones claves

En este terrible contexto, me llegan dos cuestiones difíciles: *cómo la catequesis actúa durante la pandemia, y cómo será después, en la etapa posterior, cuando esta inmensa crisis sanitaria pase.*

Es evidente que no tengo respuesta. Aun así, intentaré hacer, desde la mirada de la catequesis, una meditación sobre esta situación trágica del COVID-19 que nos reta tan profundamente, y sobre la post-pandemia.

1. Mi primera reflexión viene de misterio de la Encarnación del Hijo único de Dios, nacido de María de Nazareth. El mismo Dios que quiso vivir la realidad humana, menos el pecado, pero sí las consecuencias del mismo. La Iglesia, y en ella la Catequesis, antes que todo tiene que dar prioridad a la realidad humana de cada persona, la llamada que cada uno tiene en su interior a desarrollarse y, sobre todo, a amar, servir, formar comunidad, integrar un Pueblo, colaborar para hacer un mundo fraterno, solidario, justo y de paz, de modo especial para los más necesitados. El carácter antropológico, lo humano, precede a todo en la misión de la Iglesia. Dios valora tanto lo humano que se hizo humano.

2. En segundo lugar me refiero al discurso kerigmático de Pedro, impulsado por el Espíritu Santo en Pentecostés. Más que nunca la Iglesia entera, y en ella la catequesis, tiene que estar al servicio del anuncio primero de Jesucristo. Él se reveló como “el Camino, la Verdad y la Vida” y que nadie va al Padre Dios, sino por Él (cf. Juan 14, 6). Antes de preocuparse legítimamente con los sacramentos, la introducción a la Biblia y los elementos fundamentales de la fe cristiana, es misión esencial de la Iglesia “anunciar a Jesucristo”, facilitar a las personas el encuentro personal e intransferible con Él, que nos llevará al Padre por la fuerza (*dynamis*) del Espíritu Santo.

3. En tercer lugar está para mí el Mandamiento Nuevo de Jesús: “Les doy un mandamiento nuevo: Ámense unos a otros. Como yo los he amado, así también ámense los unos a los otros. El amor mutuo entre ustedes será el distintivo por el que todo el mundo los reconocerá como mis discípulos” (Juan 23, 34-35). El evangelista Juan escribe que “Dios es Amor y quien ama nació de Dios” (1 Juan 4, 7-12). Y Jesús, por su experiencia humana, enseña que debemos ser imagen y semejanza de Dios en este sentido del amor. Él sabe muy bien que el amor es el sentido que uno encuentra para su vida y que le motiva a realizar acciones que benefician a los demás. Pero el amor vivido y enseñado por Jesús es gratuito, sin nada esperar como recompensa. Cuanto más uno expresa su capacidad de amar, más encuentra sentido a lo que piensa, realiza y sueña. El amor nos trasciende, deja huellas y crea lazos invisibles, como la hermandad, la

solidaridad y la justicia. La pandemia ha provocado miles de ejemplos de solidaridad en los diversos países.

4. Pienso, finalmente, en un aprendizaje importante por sacar o afianzar del tiempo de la pandemia: la fragilidad humana, la necesidad de no dar valor a las vanidades, y la interdependencia de todo. El COVID-19 nos hizo percibir, con más fuerza, que no somos todopoderosos y que no tenemos respuesta humana para la enfermedad y la muerte. La experiencia de nuestra vulnerabilidad y de nuestros propios límites nos hizo tener una conciencia más real y verdadera de nuestra condición humana. Y, al mismo tiempo, experimentamos la necesidad de la humildad, de nuestra dependencia de los demás, de ser apoyo para otros y dar un sentido nueva a la pérdida de las cosas que antes considerábamos esenciales, fundamentales, hasta la pérdida de un ser querido. Todos moriremos y cada uno de nosotros tendremos nuestro momento de “*pesach*”⁴², del paso de este mundo a otro, que creemos será hacia la inmortalidad, la felicidad, la eternidad en Dios. Pero hay algo más en este aprendizaje: nuestra interdependencia con todas las dimensiones de la naturaleza. Nuestra fragilidad exige de nosotros la fraternidad humana y la fraternidad cósmica.

42 Pascua (N. del E.).

Reflexiones en torno a la catequesis en tiempo de pandemia y de templos cerrados

María Irene Nesi, F.M.A.⁴³
Caracas, Venezuela

La llegada de la pandemia nos encontró a todos haciendo cualquier cosa que considerábamos importante, sin pensar en la gravedad de lo que acontecía y las tremendas consecuencias que vendrían sobre la cotidianeidad.

En esta afirmación está incluida la Iglesia institución, como gustan llamarla algunos para referirse a obispos y sacerdotes. También a ellos los tomó desprevenidos. En algunos países del continente, a mediados de marzo o el mismo domingo 15, les llegó el aviso que no podían abrir los templos y que debían tomar las medidas necesarias para que se cumpliera esta orden; y lo que se creyó que duraría dos semanas, en América Latina, va ya por la octava o undécima semana.

43 Miembro del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, Directora del Instituto Nacional de Pastoral de Venezuela.
irenenesi@gmail.com

Se activaron las redes, comenzaron los grupos de *chat* en todos los medios disponibles para comunicarse. Los padres se preguntan cuándo recibirán los sacramentos sus hijos. Los catequistas intentan crear actividades *on line* para suplir los encuentros. Los párrocos y hasta los obispos han abierto la intimidad de sus capillas privadas para celebrar la Eucaristía con un pueblo virtual, y mostrar una custodia con el Santísimo Sacramento virtual que bendice. Los más valientes se animaron en Semana Santa a salir solitarios con las imágenes para que los fieles se asomen y pidan la bendición.

Y entonces se volvió a una imagen, más retórica que real hasta este momento: *familia, Iglesia doméstica*. Sí, ante el cierre de los lugares de culto, se invitó a recordar que cada familia es-está llamada a ser Iglesia doméstica. Entonces, la creatividad se volcó a elaborar recursos litúrgicos, bíblicos, catequísticos, para las familias... como si quinientos años de historia no hubieran pasado y el régimen de cristiandad que trajo España con la Colonia siguiera vigente y lo único que haría falta es proveer de recursos para que la familia asuma su identidad cristiana.

Pero hay una realidad que se sigue ignorando: en el pueblo quedan elementos de piedad (religiosidad) popular que se van ritualizando cada vez más, perdiendo su contenido cristiano para quedar en la forma y la imagen. La descristianización progresiva viene afectando a América Latina en distinto grado, pero de forma ineludible, unida al pluralismo religioso y a la conciencia de la privatización

de lo religioso cada vez más desvinculado de lo confesional institucional. De forma contundente se afirma en el texto de Aparecida: “... tenemos un alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo, con una identidad cristiana débil y vulnerable”⁴⁴.

En este contexto, resuenan claras las reiteradas llamadas del Papa Francisco: hoy necesitamos una Iglesia en salida misionera. Aunque larga, la cita del texto nos describe la llamada cada día más ineludible a esta salida, y en tiempo de desinstalación de las estructuras conocidas, es más que pertinente:

No podemos desaprovechar esta hora de gracia. ¡Necesitamos un nuevo Pentecostés! ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de “sentido”, de verdad y amor, de alegría y de esperanza! No podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos, sino urge acudir en todas las direcciones para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte, que hemos sido liberados y salvados por la victoria pascual del Señor de la historia, que Él nos convoca en Iglesia, y que quiere multiplicar el número de sus discípulos y misioneros en la construcción de su Reino en nuestro Continente⁴⁵.

44 DA 286.

45 DA 548.

Se abre un nuevo panorama con nuevas preguntas, y las respuestas requieren de la misma novedad que la situación. Se ha acusado demasiadas veces a la catequesis de ofrecer respuestas incomprensibles a preguntas que ya nadie se hace. Este receso obligatorio obliga no solo a empezar a producir mensajes con todos los recursos de las nuevas tecnologías, sino a escuchar el clamor callado que brota del corazón de varones y mujeres que perdieron el sentido, totalmente desarraigados y desalojados de su propia interioridad.

Ahora se puede plantear el problema que hoy está desafiando la acción evangelizadora de la Iglesia: cómo llegar a la familia para que viva su vocación de Iglesia doméstica:

... este fenómeno nos interpela profundamente a imaginar y organizar nuevas formas de acercamiento a ellos para ayudarles a valorar el sentido de la vida sacramental, de la participación comunitaria y del compromiso ciudadano. Tenemos un alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo, con una identidad cristiana débil y vulnerable⁴⁶.

La conciencia misionera que se renueva en este tiempo, ha de llevar a buscar caminos de primer anuncio, de proclamación kerigmática, ya que la manera actual de educación en la fe y el crecimiento en la vivencia cristiana, no dan los resultados esperados: “O educamos en la fe, poniendo realmente en

46 DA 286.

contacto con Jesucristo e invitando a su seguimiento, o no cumpliremos nuestra misión evangelizadora²⁴⁷.

Es necesario descubrir el sentido profundo del anuncio misionero y kerigmático, no solo a nivel de persona a persona sino de la familia, si de veras se la quiere convocar a su misión derivada de los sacramentos celebrados: ser Iglesia doméstica. Este anuncio tiene que facilitar el encuentro y la experiencia con Jesucristo como fundamento de la fe, creando las condiciones previas para su acogida gozosa. Sin este paso fundamental no habrá verdadero encuentro con Cristo vivo, no habrá una fe viva y vivida, no habrá un sólido fundamento para ser testigo del Evangelio.

Este llamamiento a recuperar el anuncio kerigmático exige dejar de suponer la fe. Para la catequesis es una llamada a dar espacio al encuentro con Cristo vivo presente en la vida, que da paso a la conversión. Este es el **inicio** de la vida de fe. La catequesis es la acción de la Iglesia que acompaña la fe inicial hasta alcanzar su madurez.

Como conclusión de esta reflexión, es clarificador este texto tomado de “La alegría de iniciar discípulos misioneros en el cambio de época. Nuevas perspectivas para la catequesis en América Latina y el Caribe” (CELAM, 2015):

La aceptación del kerigma es anterior a la comunión con Cristo y a la inserción de la persona en la comunidad. Es anterior al despertar al misterio y a la iniciación litúrgica,

47 DA 287.

previo a la formación moral, a la oración y a la vida interior. El kerigma hace arder el corazón de las personas, confiando en la fuerza amorosa de Jesús en el Evangelio que llama a cada ser humano a la conversión y lo acompaña en todas las etapas de la vida⁴⁸.

48 AIDM 55.

Catequesis en tiempos de angustia existencial

Hosffman Ospino⁴⁹
Boston, Estados Unidos

Los momentos de crisis, aquellos que filósofos y teólogos con frecuencia llaman “momentos límite”, nos desafían a repensar no sólo quiénes somos en nuestra relación con los demás, el mundo en el que vivimos y Dios, sino también cómo actuamos en la historia. Sin lugar a dudas, la pandemia global que al comenzar la tercera década del siglo XXI nos afecta a todos –sin excepciones, a pesar de que muchos se crean exentos, inmunes e incluso invencibles– es una oportunidad perfecta para repensar también la catequesis en el mundo católico.

Son muchos los documentos eclesiales que nos recuerdan la relación íntima que hay entre evangelización y catequesis. No se puede hablar de la una sin la otra. Si la evangelización es en última instancia el esfuerzo de los bautizados, guiados por el Espíritu Santo, de facilitar un encuentro con Jesucristo

49 PhD, académico en Boston College, MA, EE.UU. ospinoho@bc.edu

resucitado, quien a su turno nos lleva a un encuentro más profundo con el Dios de la revelación, es imperativo que tal esfuerzo vaya acompañado de una catequesis que nos ayude a entender con claridad qué significa ser discípulo cristiano y qué significa creer en Dios en el aquí y el ahora de este momento y su gravedad.

La catequesis en medio de una pandemia, como en el caso de COVID-19, no puede ser una catequesis desencarnada, neutra o ingenua. Tampoco puede ser una catequesis manipuladora que sirva para avanzar ideologías o que se reduzca a promover caricaturas del cristianismo y del Dios que nos reveló Jesucristo.

Ante una pandemia, la existencia del ser humano, en sus muchas dimensiones, se encuentra bajo amenaza. La enfermedad, la muerte y la inseguridad están al acecho. Vemos cómo la vida diaria se transforma dramáticamente: cómo nos relacionamos unos con otros, cómo trabajamos, cómo nos desplazamos de un lugar a otro, en qué espacio nos reunimos, cómo accedemos a la medicina y a los cuidados de la salud, dónde vivimos y a quién permitimos cerca de nosotros; qué espacios son seguros para que nuestros hijos se eduquen y jueguen, cuándo y qué tan apropiado es reunirnos en los espacios de culto, qué tipo de líderes políticos elegimos para que nos guíen, etc. Cada una de estas decisiones, entre muchas otras, tiene consecuencias profundas. Las tomamos cada minuto y, por sencillas que parezcan, sabemos que deambulan la frontera entre la vida

y la muerte. Tal responsabilidad nos genera angustia. Más exactamente, una angustia existencial.

Es precisamente en este momento límite, momento de angustia existencial, que hemos de avanzar una catequesis que nos equipe para navegar las vicisitudes que nos confrontan. Necesitamos que la comunidad creyente exija a sus líderes religiosos y maestros de la fe una formación religiosa que inspire esperanza, pero con los pies en la tierra y atenta a las necesidades urgentes de las personas en su diario vivir. ¿De qué le sirve a un grupo de personas en un auto desbocado porque ha perdido los frenos entrar en un debate sobre cuál es el mejor color de pintura para el auto? Los paralelos de esta imagen son innumerables en la vida de la Iglesia. Creo que necesitamos establecer prioridades para la catequesis en este momento de pandemia. Atento a la brevedad de esta reflexión, sugiero tres.

a) En primer lugar, es necesario una catequesis que nos introduzca de nuevo a Dios según el Evangelio y lo mejor de nuestra teología. Necesitamos una catequesis que presente una teodicea auténticamente católica. Me preocupa observar el sinnúmero de caricaturas de Dios que muchos católicos comunican en los medios de comunicación, redes sociales, e incluso homilías y espacios catequéticos. Hay que reconocer que muchas de las imágenes caricaturescas de Dios que residen en la mente y el corazón de muchos católicos son el fruto de una catequesis pobre o simplemente una falta de catequesis. Así que hoy cosechamos lo que se ha sembrado por mucho tiempo. No se puede aceptar una

catequesis, formal o informal, que hable de un Dios que castiga o un Dios que se deleita en el dolor y el sufrimiento de algunos para beneplácito de otros. Este no es el momento de confundir el mal físico con el mal moral, pues existe una gran diferencia, tal como nos lo recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica (n. 309-314). Es urgente catequizar a nuestro pueblo sobre cómo Dios actúa en la historia y qué es lo que realmente podemos esperar de un Dios que nos ama infinitamente, que quiere lo mejor de nosotros, pero que, al mismo tiempo, respeta nuestra libertad y las leyes del orden creado.

b) Segundo, la crisis actual es un llamado urgente para que los teólogos, catequistas y educadores religiosos redoblemos nuestros esfuerzos en la elaboración de una catequesis que nos ayude a entender mejor la relación entre fe y ciencia. Vivimos en una época de la historia en la cual la humanidad ha adquirido un nivel de conocimiento científico sofisticado sin precedentes. Esto incluye todo lo relacionado con la manera en que un virus infeccioso actúa y sus efectos. La accesibilidad a tal conocimiento es sorprendente. Cualquier persona, sin importar la edad, con un computador o un teléfono inteligente, puede educarse, idealmente con la guía apropiada de expertos y educadores, para interpretar la información de forma adecuada. Lo irónico es que muchos cristianos católicos y muchos creyentes en otras tradiciones religiosas perciben lo científico como antagónico a la fe. Muchos todavía piensan que, para creer, es necesario ignorar el conocimiento científico. Se necesita una catequesis que

nos ayude a valorar, con visión crítica por supuesto, y a contemplar, lo que aprendemos por medio de la ciencia. Necesitamos una catequesis que hable de nuevo sobre los milagros, aunque de una manera informada. Exponerse a un virus desatendiendo las recomendaciones de la comunidad médica y, al mismo tiempo, esperar un milagro, es una irresponsabilidad de magno grado, con consecuencias letales. Muchos creyentes lo hacen, a veces motivados por líderes religiosos. Esto debe cambiar. Todos, comenzando con los líderes religiosos en todo nivel, tenemos que ser educados en cuanto al diálogo creativo que debe existir entre fe y ciencia.

c) Tercero, la situación actual de pandemia ha revelado muchas realidades sociopolíticas que nos deben preocupar a los católicos en todo el mundo. Entre ellas resalto dos. Por un lado, los efectos nocivos de la inequidad social al observar que las personas más afectadas por la pandemia hasta el momento son los pobres, los ancianos y los grupos minoritarios. Por otro lado, el oportunismo de líderes políticos y élites sociales y económicas para avanzar políticas que siguen beneficiando a unos pocos. Muchas de estas políticas son racistas, misóginas, antiinmigrantes y aporofóbicas (aversión hacia los pobres). En este momento la catequesis y la educación religiosa deben ser espacios en donde hablemos de estas realidades a la luz del Evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia. Necesitamos una catequesis profética que nos ayude a denunciar estas realidades tal como lo que son: pecado. Es urgente una catequesis que

prepare a los católicos, especialmente a los más jóvenes, a hablar con un ímpetu nuevo sobre justicia y solidaridad.

Si algo aprendemos en un momento límite como el presente, un momento de angustia existencial para la humanidad, es que ahora más que nunca tenemos que estar atentos a la relación entre fe y vida; más exactamente, la vida en el aquí y el ahora de la historia. Por mucho tiempo nuestras instituciones religiosas, incluyendo iglesias, colegios, universidades y programas de evangelización católicos, han estado involucradas en una lucha frontal por sobrevivir en un mundo cada vez más secularizado y más suspicaz frente a todo lo que tenga que ver con instituciones religiosas. Son cada vez más las voces que nos consideran irrelevantes. Estoy en desacuerdo con tal juicio porque sé lo mucho que podemos aportar como comunidad de fe, pero reconozco también que hemos hecho muy poco por demostrar lo contrario, especialmente ante nuestros jóvenes y ante una generación mucho más crítica y menos incauta. Quizás este es el momento propicio para demostrar qué tan relevantes somos como teólogos, catequistas, educadores religiosos y evangelizadores católicos.

La catequesis después de la crisis

Cecilia Osses P., H.M.C.B.⁵⁰

Concepción, Chile

A lo largo de la historia el pueblo de Dios se ha visto enfrentado a variadas dificultades, como terremotos, guerras, pandemias (peste negra), sólo por mencionar algunas. Cada vez que la humanidad se ha enfrentado a una situación que escapa al control humano, el hombre tiende a lo “espiritual”. En efecto, en esos casos hay mayor cantidad de personas orando para que “esto pase pronto”, mientras otros buscan una respuesta en Dios. Es así que las crisis se transforman en distintas oportunidades para crecer en la fe, unirse en la familia, apoyarse en la comunidad o sociedad para que, juntos, se pueda superar lo vivido.

Hacer un alto y querer plantearse cómo abordar un proceso de catequesis frente al “hombre” de hoy, creo que solo se puede hacer siendo consciente de lo que ha tenido que vivir y asumir esta generación. Debemos considerar

50 Religiosa de la Congregación Hermanas Misioneras Catequistas de Boroa. Coordinadora de Catequesis del Arzobispado de la Santísima Concepción. hciopo@gmail.com

que estamos frente a una sociedad y una realidad de Pueblo de Dios que han sido fuertemente golpeadas por la crisis de la Iglesia a nivel nacional y mundial, la cual ha ayudado a descubrir una Iglesia formada por personas frágiles y pecadoras, que muchas veces se ocultaban en el moralismo y el autoritarismo. Por otro lado, en octubre de 2019 se inició en Chile un estallido social, el cual ayudó al pueblo a despertar y descubrir las grandes brechas de pobreza y abusos que viven las familias. Y ahora aparece el COVID-19, que crea una pandemia que ataca a todo el mundo, de la que nadie puede quedar fuera de sus efectos y que trae no solo problemas de salud, sino también problemas familiares, económicos, sociales y espirituales.

Cada uno de estos acontecimientos es una oportunidad que conlleva cambios profundos, a partir del primer encuentro físico con el otro, la demostración de los afectos, el lenguaje y los medios por emplear para comunicarse. Debemos tener respuestas claras y sencillas ante las inquietudes de los catequizando. El Papa Francisco nos dice: “Animo a quienes tienen responsabilidades, de trabajar activamente en favor del bien común”⁵¹.

Una pista de cómo debería ser abordada la catequesis la dan tanto catequistas como catequizandos, al expresar el asombro que les produce una llamada, unas palabras de aliento, el hecho de ser escuchados en sus penas, alegrías, y

51 Mensaje Urbi et orbi, abril de 2020. Disponible en http://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/urbi/documents/papa-francesco_20200412_urbi-et-orbi-pasqua.html (N. del E.).

al manifestar cuánto extrañan el encuentro físico semanal, el poder compartir inquietudes y llevar a casa la esperanza de la Palabra de Dios.

Cuando llegue el tiempo de reunirse físicamente, los catequistas tendrán que desarrollar una enorme capacidad de acogida, de escucha, y dejarse iluminar por el Espíritu Santo para poder acompañar y anunciar a un Dios Vivo que está presente entre nosotros, como un Padre entre sus hijos.

No podemos seguir siendo instructores del Evangelio. La catequesis, hoy más que nunca, demanda catequistas que transmitan el sentido de ser hermanos que acogen, guían y acompañan a los que desean ser partícipes de la catequesis.

Los catequistas han de usar en la transmisión de la fe la pedagogía catequística, como dijo Monseñor Jorge Mario Bergoglio (hoy Papa Francisco) el 21 de agosto de 2003:

Si algo caracteriza la pedagogía catequística, si en algo debería ser experto todo catequista, es en su capacidad de acogida, de hacerse cargo del otro, de ocuparse de que nadie quede al margen del camino. Por eso, ante la gravedad y lo extenso de la crisis, ante el desafío como Iglesia Arquidiocesana de comprometernos en “cuidar la fragilidad de nuestro pueblo”, te invito a que renueves tu vocación de catequista y pongas toda tu creatividad en “saber estar” cerca del que sufre, haciendo realidad una “pedagogía de la presencia”, en la que la escucha y la proximidad no sólo sean un estilo, sino contenido de la catequesis. Y en esta hermosa vocación artesanal de ser “crisma y caricia del que sufre” no tengas miedo de cuidar

la fragilidad del hermano desde tu propia fragilidad: tu dolor, tu cansancio, tus quiebres; Dios los transforma en riqueza, unguento, sacramento... Que María nos conceda valorar el tesoro de nuestro barro, para poder cantar con ella el Magnificat de nuestra pequeñez junto con la grandeza de Dios...⁵².

Frente a los contenidos, la Palabra de Dios ha de seguir siendo hoy el centro del anuncio,

no la transmisión de conocimientos relativos a Dios y al orden sobrenatural, sino la iluminación de la realidad humana concreta del catequizando a la luz del Evangelio (GS 92) ... no precisamente el anuncio de determinadas proposiciones, sino el de la obra de Dios en la historia humana a través de Jesucristo, con la riqueza de facetas que de éste ofrece el Nuevo Testamento. El encuentro inicial con el kerigma y la proclamación a través de la comunidad fraterna son aún los “principios elementales”, la “leche” (Hb 5, 12s), destinados a aquellos adultos que aún no creen en las... “realidades que aún no vemos” (Hb 11,1)⁵³.

Otro aspecto de la catequesis que no se puede perder de vista es la comunidad.

52 Disponible en: http://aica.org/aica/documentos_files/Obispos_Argentinos/Bergoglio/2003/2003_08_21_Catequistas.htm

53 Galindo, C.M., F. (2019). Biblia y catequesis. *Theologica Xaveriana*, (39-38). Recuperado a partir de <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/teoxaveriana/article/view/27974>.

La catequesis es una responsabilidad de toda la comunidad cristiana. La iniciación cristiana, en efecto, “no deben procurarla solamente los catequistas o los sacerdotes, sino toda la comunidad de los fieles”. La misma educación permanente de la fe es un asunto que atañe a toda la comunidad. La catequesis es, por tanto, una acción educativa realizada a partir de la responsabilidad peculiar de cada miembro de la comunidad, en un contexto o clima comunitario rico en relaciones, para que los catecúmenos y catequizandos se incorporen activamente a la vida de dicha comunidad... y “donde puedan vivir, con la mayor plenitud posible, lo que han aprendido⁵⁴.

En la catequesis pos crisis se debe fortalecer el sentido de comunidad. Más que hablar del grupo de catequesis, debemos hablar de la comunidad de catequizandos donde las personas puedan experimentar lo vivido en las primeras comunidades cristianas (Ver Hch 2,42-47), es decir, cómo se apoyaban mutuamente, oraban juntos, acogían las enseñanzas de Jesús y se preparaban para celebrar los sacramentos. Lo vivido y experimentado en estas pequeñas comunidades les ayudará a integrarse a la gran comunidad cristiana de sus capillas o parroquias.

54 DGC 220.

¿Cómo leer y entender la pandemia desde una perspectiva catequética?

+Diego Padrón Sánchez⁵⁵
Valencia, Venezuela

Estoy muy honrado y agradecido por haber sido invitado a reflexionar en voz alta sobre las implicancias que muy probablemente va a tener la pandemia del COVID-19 sobre la catequesis. Pero debo aclarar de entrada que no es mi voz una de las más autorizadas para abordar el tema, porque en mi región no tenemos noticia de ningún contagio, sea cierta o no la información oficial. Venezuela es uno de los países de América Latina menos afectado por esta plaga. Por esta y otras razones, mi horizonte o radio de visión es muy limitado. A causa del COVID-19 estoy confinado en el estrecho terreno físico y mental de una parroquia urbana, envejecida y empobrecida, en la que no hay niños y jóvenes (viven en la diáspora), sino que predominan los adultos mayores, solos y desesperanzados.

55 Arzobispo Emérito de Cumaná. dipadrons@gmail.com

Las interrogantes sobre las consecuencias de esta pandemia para la vida humana en cualquiera de sus dimensiones son muchas y seguirán multiplicándose. El problema es responderlas.

Desde la perspectiva de la educación de la fe y, en general, desde la reflexión y la acción pastorales, son varias las cuestiones que se plantean en el presente, así como diversos y contrarios los enfoques, más en relación al futuro inmediato. No estoy seguro que en este ámbito las cosas vayan a cambiar mucho. Por idiosincrasia, la tendencia en nuestra Iglesia local es a volver, superada la prueba, a mantener los hábitos “como era en el principio”.

Lógicamente, y con todo derecho, son numerosos y nuevos los filósofos, sociólogos, pastoralistas y los “opinadores de oficio” que emiten sesudas apreciaciones sobre las mutaciones que tendrán lugar en la vida y la sociedad del pos-evento COVID-19. Yo no llego a tanto. Lo mío es elemental, simple, primario. Cosas sabidas por todos los catequetas.

Lo primero que me viene a la mente es que la catequesis tiene que partir de la realidad, de la vida de este momento. Lo que yo siento y comparto es el gran sufrimiento físico, psicológico y moral de nuestra gente. No sólo por la pandemia del COVID-19 sino por otras que nos están causando peores daños. Nuestro Gobierno ha utilizado la pandemia como un pretexto para solapar su ineficacia y para someter al pueblo, reprimir y silenciar toda manifestación pública de descontento y protesta. La catequesis, en consecuencia, ha de ser en primer lugar un ejercicio de discernimiento espiritual sobre qué es lo que el Espíritu dice a las Iglesias

ante el fenómeno natural y el sociopolítico y moral. La catequesis de nuestra Iglesia local no está acostumbrada a interpretar los signos de los tiempos.

Por otra parte, recurriendo a la memoria histórica, la catequesis nació en tiempos de crisis y efervescencia religiosa. Su origen fue la comunidad cristiana naciente en la que ocupaba un lugar básico, de verdadero fundamento, junto a la *didajé*⁵⁶, la fracción de pan y la oración, la comunión de bienes (*κοινωνία*). Sin querer ser ingenuo y pretender encontrar una simetría entre la crisis multifactorial causada por la pandemia y la crisis de aquella época (en la que, por cierto, era un dato terrible la mortalidad infantil, por un lado, y los frecuentes casos de niños abandonados, por otro, y de menores cuyos padres habían muerto en la persecución religiosa, en circunstancias en que todavía el bautizo de niños no era costumbre). Pienso que esta amplia –por no decir diluida– referencia epocal confirma, de alguna manera, mi intuición de que la vida cristiana, en fase posterior al todavía indescifrable fenómeno natural de Coronavirus, estará marcada por la reminiscencia o nostalgia de lo grato y positivo de la vida en familia. Este talante antropológico-social podría crear una tradición cultural-religiosa que lleve a la práctica la convicción teórica de que la educación de la fe es, ante todo, tarea propia y privilegiada de la familia creyente. De aquí pudiera deducirse que la “iniciación a la vida cristiana” o transmisión de la fe, que es uno de los

56 Enseñanza apostólica (N. del E.).

grandes desafíos del actual cristianismo, exigiría, por la fuerza misma de las cosas, que las parejas que aspiran u optan por el matrimonio cristiano hicieran la experiencia de su preparación para la vida matrimonial cristiana como un proceso catequético catecumenal, lo cual no es una idea nueva, sobre todo después de la exhortación apostólica *Amoris Laetitia*, del Papa Francisco (2016). En otras palabras, después del Coronavirus será un desafío la búsqueda y discusión en torno a un modelo realista, y que sea ampliamente aceptado, de iniciación a la vida cristiana. Pero, como dije antes, es un rasgo característico de la catequesis sobrevivir en medio y por encima de la crisis en actitud de exploración de nuevas posibilidades.

Otro elemento que preveo que podrá permanecer en el futuro es la poderosa influencia de la cultura digital sobre el modelo educativo y, en particular, la educación de la fe. La participación de los fieles en la catequesis estará en relación proporcional al uso eficiente de los canales y redes de comunicación. Esto obligará a la catequesis a un cambio de lenguaje y a un uso más amplio y adecuado de la tecnología de la comunicación.

La catequesis experimentará la necesidad de reinventarse, para dar respuestas locales concretas a las cuestiones planteadas a los creyentes relativas a su fe y su esperanza (cf. 1 Pe 3,15b -16).

La cuestión sugerida para la discusión en este documento es más de reflexión que de recetas. Serán el tiempo y las experiencias de las familias, condicionadas a vivir en nuevas coordenadas culturales, las que irán descubriendo

nuevos derroteros para la “iniciación a la vida cristiana”. Intuyo que la familia va a ser sujeto de un inesperado protagonismo, tanto en la dinámica socio-económica como en la esfera cultural-ético-religiosa. Es posible que la gestión económica de la familia determine un nuevo modelo económico social. Pero esto puede que no pase de ser una elucubración mental. Lo que tal vez sí pueda ser cierto es que, después del Coronavirus, la vida y la cultura tendrán acentuaciones distintas a las de hoy y, naturalmente, la dimensión religiosa-espiritual del ser humano y la sociedad serán diferentes a las nuestras.

¿Qué podemos mantener de la actual catequesis?

- La convicción de que la “iniciación a la vida cristiana” es más urgente, dada la profunda experiencia de secularización.
- Los rasgos muy marcados de la dimensión comunitaria de la catequesis, para hacer frente a la privatización de la espiritualidad y al mercado religioso global.
- La espiritualidad cristiana tendrá que ser cada vez mejor delineada, de modo que no se confunda con un espiritualismo cósmico y esotérico de carácter psicologista y de vagos contornos ético-morales.
- Será más necesaria una catequesis que ponga de relieve la centralidad de la Palabra de Dios y el Evangelio *sine glossa*⁵⁷.

57 Es decir, “radicalmente” (N. del E.).

El coronavirus y el futuro desconocido

Héctor Salvador Pancaldo⁵⁸

Valencia, España

Vivir en un mundo con un virus... vivir, convivir con el coronavirus, que llamado así no dice mucho, porque en realidad convivimos con un abstracto del que conocemos más sus efectos que sus orígenes. Época de profetas de avatares y otros de desastres, llenos de intrigas sugestivas de un poder que está sobre todo los poderes, al parecer, y que sólo genera miedo, encierro y muerte.

Una muerte en primer lugar de nuestras certezas. Duelo que haremos de manera constante a lo largo de mucho tiempo. Porque nuestras “certezas” estaban del lado de la razón, la lógica, la causalidad, y ahora nos enfrentamos a la no-lógica, la sinrazón, la relatividad.

Momento de nuestra historia plagada de preguntas, que se imponen en el diario vivir, donde la consigna mundial

58 Presidente de la Delegación Española de *Asociación Civil Instituto Siloé*. Profesor titular en el “Instituto Superior del Profesorado Monseñor Raspanti”, Argentina. pancaldohector@gmail.com

es clara: aislarse. En el confinamiento debemos aprender a redimensionar nuestra existencia, nuestra manera de vincularnos, de producir, de expresarnos, de trascender y de enfermar.

Quien dijo que esto es sólo una pandemia no se atreve a vivir con la interrogación, con la pregunta constante, con el vacío de los espacios comunes, porque añora desmedidamente la seguridad de una certeza ilusoria, producto de la magia y no de los milagros.

Hemos crecido con la posibilidad de predecir, de adelantarnos, de prevenir y de prejuizar... pues parece que esto se acabó. Tendremos que aprender a vivir en un presente continuo, que solo se manifiesta ahí, en lo constante, y que no conocemos germen de cual futuro será.

La cantidad de lecturas, reflexiones, nombres propios, misceláneas científicas y otras conspirativas que en estos momentos nos invaden son suficiente material para abandonar la búsqueda y quedarnos subsumidos al decir de tantos. Es que, además de aislados, tenemos que silenciarnos porque parece que alguien sabe más, tiene la mejor información, conoce de primera mano las causas de esto que vivimos y está provocando tanto dolor.

De tantas crisis esperadas, esta parece que no estaba en la lista; es más, es tremendamente traumática. Por eso mismo, porque no estaba en la lista de lo esperado, no nos dio tiempo a prepararnos, a adelantarnos con nuestras estrategias, se metió en nuestras vidas sin más y crea un sinfín de sufrimientos, y provoca un montón de abandonos.

Si la certeza se quiebra por un virus, algo tan pequeño con tanto poder, algo tan invisible que domina nuestra existencia, a lo mejor deberemos incorporar el “tal vez” como una manera de vivir y de educar.

Está claro que aquellos que más se abrazaron al dogma (y no sólo en la fe) son los más sufrientes en estos momentos. Se está provocando una herida en lo más narcisista de nuestra existencia, el saber-nos desde lo OTRO. Pues ahora se nos exige mirar para adentro, para aprender-nos desde nosotros mismos.

Los avatares de la Iglesia aparecen en primera persona, al lado de las crisis institucionales que se viven en todas partes. Parece que la Iglesia es la que más ha de sufrir las consecuencias de este vacío, porque está claro que uno de sus efectos inmediatos será la soledad, el vacío. Es que, en gran parte del mundo, la Iglesia ha sembrado este vacío, porque no le otorgó el lugar que corresponde a todos los miembros del Pueblo de Dios. Parece que privilegió solo el de los presbíteros, los religiosos, los consagrados, y así está quedando, llena en el vacío de los clérigos, de los que tienen la última palabra, de los que definen la verdad y nos dicen cómo vivir. El resto del pueblo ya sabía cuál era su lugar y, silencioso, va tomando posesión de su espacio ante Dios, un Dios que no le indica nada, que no le enseña nada, que no le pide nada, que no necesita nada... que sólo quiere estar con nosotros para animarnos, darnos fuerza y mostrarnos un horizonte de sentido para nuestras existencias.

El pueblo está viviendo la fe como quiere, con lo que tiene a su alcance, y dándole a Dios el nombre y la forma que se le antoja. Si bien algunos están siendo espectadores de una fe celebrada en el afuera de su realidad (porque la Eucaristía quedó fuera de su realidad próxima), saben que el Dios con quien hablarán luego o durante el día lo celebran con lo que son, con lo que hacen y con lo que necesitan. Dios se hace persona en cada uno de manera original y sin esperar resultados.

A lo largo de mi experiencia de trabajo psicopedagógico y pastoral con la marginalidad extrema, he aprendido que ellos se adelantaron a estos tiempos teológicos, porque me enseñaron a creer en el Dios que se les antoja. Porque creen, porque quieren, porque lo desean...y con un respeto pocas veces visto, le dan a su Dios el lugar más importante, el del amigo que no condena porque no juzga, el que sana, regala, sin esperar nada a cambio. No he visto fe más genuina. No he visto corazones tan generosos, porque si hay algo que tiene un “marginal” es que no le teme a la verdad de lo que es y de lo que vive. Ahí radica su fuerza y su valentía para poder sobrevivir como lo hacen. Desde nuestros paradigmas podemos inferir el error de sus elecciones, pero no es lo que ellos aprendieron a ver, y mucho menos a vivir.

Son ellos los que me hacen decir estas palabras. Se viene un tiempo donde la catequesis, la pastoral, se realizarán sólo en el compartir la experiencia de una respuesta, que no es lo mismo que la respuesta a una experiencia. En el primer caso, en la experiencia de una respuesta, compartimos

el proceso, el camino que recorreremos para llegar a una respuesta posible, que nos animará a otras cuestiones y así sucesivamente. En el segundo caso, en la respuesta a una experiencia, le tratamos de poner nombre, desde una lógica epistémica ajena a nosotros mismos, a una vivencia, a una situación. Y aquí es donde se presenta la novedad: al otro no le interesan nuestros “nombres”, nuestras “denominaciones” de la experiencia que vive, sino que quiere ponerle nombre propio, llamarlo como quiere, decir-se en la experiencia como se le antoja.

Esto, claramente, se vivirá como una amenaza en las Instituciones. ¿Con qué derecho el pueblo le pone nombre a lo que vive? ¿Quién le dio permiso de construir su saber de la experiencia desde su propia denominación? ¿Cómo se atreven a redecir como quieran lo que viven? En fin, mucho escándalo y rechinar de dientes, para la locura que no tiene nombre, y que solo desde la fe cobra sentido y se hace vivencia. “Él no está aquí, ha resucitado” (Lc 24, 6).

Es tiempo de acompañar el encuentro en lo cotidiano de aquello que en nuestras vidas se hace sacramento eficaz de la gracia, de la presencia de Dios. Es tiempo de reforzar la libertad de quien quiere creer y de anunciar como propuesta nuestra fe. Es tiempo de una evangelización que no pone nombres, sino que invita a compartirse en la soledad de la vivencia, en el mejor de los casos hecha comunitaria. Es tiempo de vivir la dimensión del Cuerpo Místico de la Iglesia, donde todos sus miembros son importantes y en donde si uno crece, todos crecen con él. Porque el Espíritu

Santo anima a este cuerpo, no lo abandona, y quiere que el Padre que nos presentó Jesús lo cuide, lo ayude a crecer y a vivir dignamente. Una dimensión misionera no entendida por aquellos que sólo quieren adoctrinar o sacramentalizar. Una misionología que se construye al pie de la Cruz donde nada era claro, todo era loco, y desde donde surgimos como pueblo que se hace expresión de la esperanza de una vida que no puede ser vencida por la muerte.

Nos tenemos que animar a la Esperanza. A esperar en la acción de Dios en su pueblo como la de un Padre que no abandona a su Hijo y que lo celebra cada vez que se encuentra con él. Animemos a nuestra gente, a ver como posibilidad la alegría de un Dios cotidiano que se cuele en nuestras cocinas, en nuestras miserias, y que se sienta a la mesa y nos sirva de la mejor manera esa presencia.

Desafíos pastorales y catequéticos ante la pandemia

Elder Pineda Cabrera, Pbro.⁵⁹
Chiquimula, Guatemala

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor⁶⁰.

Con la pandemia del COVID-19 la Iglesia de Guatemala y América Latina está llamada pastoralmente a ser “Hospital de campaña”, “Hospital de misericordia”, del que nos ha venido hablando el mismo Papa Francisco. La Iglesia no debe permanecer en aislamiento, sino atravesar toda frontera para

59 Secretario Ejecutivo Sección de Catequesis, Conferencia Episcopal de Guatemala. elder20@outlook.com

60 Francisco, Bendición Extraordinaria Urbi et Orbi, 27/03/2020.

ayudar a las personas que están afectadas física, mental, social y espiritualmente, especialmente a los más débiles.

La Iglesia debe ofrecer los servicios de salud, sociales y caritativos que ha ofrecido siempre. Pero, como buen hospital, debe cumplir otras tareas, como desarrollar un papel de diagnóstico para identificar los “nuevos signos de los tiempos”, así como desarrollar un papel preventivo para crear un “sistema inmune” contra los virus sociales malignos del miedo, del odio, de la pobreza, del populismo o del falso nacionalismo, y jugar un papel de ayuda en la convalecencia, para superar los traumas más negativos del pasado (como los conflictos armados, la guerra fría), mediante el perdón y la misericordia.

Por otra parte, la situación mundial en que vivimos a causa del COVID-19 nos lleva a replantearnos muchas formas de comportamiento en el orden mundial en todos sus niveles, incluido el que respecta a la experiencia y propuesta de la fe, como lo es la catequesis.

Esta pandemia, este confinamiento, este aislamiento social, nos desafían a no volver “a lo de siempre”, sino a crear un nuevo futuro con nuevos paradigmas de relación personal, comunitaria y con nuestra casa común. No se trata de inventar cualquier paradigma, sino aquellos que respondan a necesidades concretas, aquellos que permitan mantener la dignidad e integridad de la persona en su relación consigo misma, con los demás, con Dios y la creación.

La catequesis es una educación en la fe de los niños, de los jóvenes y adultos, que comprende especialmente una

enseñanza de la doctrina cristiana, dada generalmente de modo orgánico y sistemático con miras a iniciarlos en la plenitud de la vida cristiana⁶¹.

Sí, pero también la catequesis es una experiencia personal y compartida, de relacionarse, que se realiza como un encuentro y se nutre de este; parte de la vida y regresa a la vida. Sin embargo, el distanciamiento social que será necesario mantener nos separa en lo físico, nos diezma en capacidades de encontrarnos y seguir haciendo la catequesis como hasta ahora aprendimos, aunque también nos abre a nuevas oportunidades de compartir. Siempre tendremos riesgos, pero debemos aceptar que esto será una realidad de la cual ya estamos aprendiendo. Poco a poco tendremos que ir cambiando el modo de hacer catequesis, siempre intensivas, que lleguen a las elites y a las masas para lograr una fe lucida y comprometida, pero a través de grupos más pequeños; será necesario involucrar a las familias, a la comunidad cristiana y la utilización de las diversas plataformas virtuales, así como la radio, la televisión y otros recursos didácticos y espirituales.

Por otro lado, hay que tomar en cuenta y estar atentos a que la utilización de los medios digitales no garantiza la comunicación ni la comunidad. En efecto, la hipercomunicación, consecuencia de la digitalización, nos permite estar cada vez más interconectados, pero la

61 JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, Exhortación Apostólica sobre la catequesis, 1979, 18. En adelante CT.

interconexión no trae consigo más vinculación ni más cercanía. A pesar de la hipercomunicación digital, en nuestra sociedad aumentan la soledad y el aislamiento. Hoy prevalece la comunicación sin comunidad. Y nuestro reto es inventarnos nuevas formas de acción que vayan más allá del ego, el deseo y el consumo, para crecer en comunidad.

Es importante que en este contexto de cambio parcial o total por el COVID-19, se siga fortaleciendo la formación y actualización de los catequistas, que perciban que no todo se vino abajo, que no hay salida ante esta situación o que es un castigo de Dios; sino que, sin miedo, esta realidad la veamos como un reto, como una oportunidad para construir comunidad juntos, para renovar nuestra vocación, para crecer en nuestra percepción de Dios y actualizarnos en nuestros modos de dar la catequesis. Es tiempo de reparar las redes para la pesca porque el Señor nos manda a lanzarlas de nuevo, porque la misión continúa y la Iglesia prepara una nueva salida.

Catequesis en tiempos de pandemia. Algunas intuiciones

José Luis Quijano, Pbro.⁶²
Buenos Aires, Argentina

1. La pregunta sobre Dios

La pregunta sobre Dios aparece reiteradamente en estos días. Se presenta inevitable en un mundo que, desde hace ya mucho tiempo, vive, en gran medida, tratando de prescindir de Él. Ignorando la paternidad de su Creador, la humanidad ha intentado ensayar una ilusoria y falsa omnipotencia. En este escenario, asistimos, en este particular año 2020, a una crisis inédita ante la cual los científicos y los países más poderosos todavía no han podido encontrar una solución. La crisis desnuda y deja a la intemperie la fragilidad humana. No hay ningún tipo de poder que quede exento de la pandemia: se enferman ricos y pobres, los miembros de la nobleza, los jefes de Estado y los ciudadanos de a pie,

62 Experto de Catequesis del CELAM. cotequijano@fibertel.com.ar

jóvenes y ancianos, académicos y gente sencilla, famosos y desconocidos... La condición humana limitada y contingente nos iguala a todos.

¿Dónde está Dios en este momento? Si Dios existe, ¿por qué permanece callado, ausente e inactivo ante tanto dolor? En la desproporción entre la ilusión y la realidad apabullante nacen, en algunos, estas preguntas. En ellas se puede leer una implícita negación agnóstica, que se fortalece en la crisis y que encuentra allí su razón de ser. Por el contrario, ellas pueden ser también expresión de una búsqueda sincera, que lleva al encuentro con Dios y al fortalecimiento de la fe en los momentos más exigentes de la vida. Para algunos creyentes el Dios de la pandemia es el del Juicio Final: las conciencias escrupulosas se debaten entre culpas, apocalípticos finales y el triste desconocimiento de la misericordia de Dios. Las distintas experiencias religiosas, que han marcado nuestras vidas, son las matrices que configuran nuestra actual experiencia religiosa: acudimos confiadamente al Señor o renegamos de Él, lo buscamos seguros de su presencia en nuestro desierto o lo culpamos de nuestro dolor, le ofrecemos nuestra fragilidad o creemos que todas las soluciones están en nuestras manos... Es válido que los agentes de la evangelización, en general, y los catequistas, en particular, nos preguntemos: ¿qué concepción de Dios hemos mostrado? ¿Qué hemos testimoniado? ¿Por qué muchos hoy, en plena pandemia, no quieren o no pueden encontrarse con el Padre providente que sana, protege y consuela?

2. Un peregrinaje hacia la interioridad

Cada alma, cada vida humana, busca su modo personalísimo de vincularse con Dios. En forma de increencia, oposición o de confiada entrega, cada uno vive su relación con Él como puede. En este amplio arco de posibilidades, la indiferencia religiosa, tan habitual hoy en las sociedades occidentales, parece ocupar en plena crisis un lugar más reducido y menos significativo. Así lo demuestra, por ejemplo, el caudal de creyentes (habituales practicantes y no tan practicantes) que se reúnen ante distintas pantallas para participar en las diversas propuestas religiosas que ofrecemos a través de Internet. Cuando no estamos en crisis, cuando la rutina diaria nos ubica en lugares más conocidos y seguros, permanecemos más en la superficie de nosotros mismos, de nuestros vínculos y de nuestra relación con Dios. Navegamos en aguas tranquilas y hasta podemos llegar a vivir como si no lo necesitáramos tanto. Cuando, en cambio, arrecian fuertes vientos, nos volvemos a Él y somos capaces de las oraciones más sinceras, espontáneas y profundas (Cfr. Mc. 4, 35-40). Es en estas ocasiones, cuando aún, sin ser habituales orantes, nos desprendemos de muchos ropajes innecesarios para entrar en la ermita de nuestro interior.

En los niños la interioridad está más a flor de piel. Por eso, suele sorprendernos la espontánea hondura con la que toman los grandes hechos de la vida y de la muerte. A los chicos no les duele menos que a los adultos, pero pueden vincularlos espontánea y naturalmente con lo trascendente. Muchos de nosotros conocemos, seguramente,

historias para verificar esto que decimos. Recuerdo, por ejemplo, las imágenes que hace poco difundió la prensa de todo el mundo: un niño emocionado y abrazado al Papa, preguntándole al oído por el destino de su padre: un hombre muerto recientemente, que había manifestado no tener fe. Con conmovedor sentido de trascendencia, el pequeño estaba reconociendo en Francisco al Vicario de Cristo. Y le dirigió a él su profundo interrogante, confiando en su misericordia. En estos tiempos de pandemia puede ser más fácil para los adultos hacernos como niños, peregrinar confiadamente hacia la propia interioridad y encontrarnos allí con el Padre Dios.

Antes de pensar en los contenidos, la pedagogía y los recursos de un itinerario catequístico en tiempos de pandemia, los catequistas estamos convocados, una vez más, a descalzarnos ante el terreno sagrado de cada uno de nuestros interlocutores. La fidelidad al sujeto tantas veces valorada y predicada es, hoy como siempre, el criterio de la catequesis y la actitud del catequista que nos ayudan a situarnos ante la verdad de cada uno. Cuando la interioridad está más espontáneamente a flor de piel, la tierra donde cae la semilla de la Palabra puede producir fruto al ciento por uno (Cf. Lc 8, 8). Esta crisis vivida como oportunidad nos invita a pensar, renovar y afianzar cauces para cultivar una espiritualidad de la interioridad, a través de la catequesis.

3. Primero la caridad, después la catequesis

Tanto antes como ahora, en plena pandemia, las personas llegan a nuestros grupos de catequesis habiendo recorrido caminos muy distintos y en situaciones de fe muy diversas. En nuestra misión de compañeros de camino, los catequistas nos sabemos llamados a identificar esas situaciones y a no dar por supuesta una fe que, tal vez, todavía no fue suscitada. Algunos son simples simpatizantes y se acercan en una búsqueda que todavía no han elaborado suficientemente. Otros, han recibido ya un Primer Anuncio que los situó en la dinámica de una conversión inicial y, por eso, piden la catequesis. Quieren conocer más a Jesús y crecer en una fe todavía incipiente.

En cada una de las diversas situaciones que podríamos enumerar hay una condición primera: el testimonio de caridad y comunión de la comunidad que los recibe. Precisamente, es ese amor vivido el que atrae. Es el testimonio que daban las primeras comunidades cristianas y que hacía que muchos exclamaran: “¡Miren cómo se aman!”. Después habrá tiempo para todo lo demás: el momento oportuno para proponer el *kerygma*, la planificación de itinerarios de catequesis para la vida cristiana, los sacramentos, la incorporación a la comunidad y a la misión, la formación permanente... Antes, siempre antes, la caridad y la comunión de una comunidad creyente.

Este “prólogo” de toda catequesis adquiere una densidad mayor en tiempos de pandemia. La pobreza y el desempleo golpean incluso las puertas de los países más poderosos. En

algunos lugares de Latinoamérica esa pobreza alcanza niveles de dolorosa indigencia. La incertidumbre, la enfermedad y la muerte nos revelan la imperiosa necesidad que tenemos de Dios providente y del prójimo fraterno. El Mensaje de Cristo pobre y de una Iglesia pobre ha de ser, hoy más que nunca, no sólo anuncio explícito en la boca de los catequistas, sino fundamentalmente proclamación silenciosa de la Palabra de Dios en la vida de toda la comunidad creyente.

4. Por los caminos de las redes y de otros recursos digitales

En la contingencia producida por el COVID 19 la Iglesia en salida se puso creativamente en acto y salió a misionar, mucho más que antes, por los caminos de las redes sociales y de otros recursos digitales. Esta verdadera explosión de ingenio pastoral puede llevarnos a pensar que estos medios electrónicos son hoy los protagonistas de las prácticas catequísticas que estamos realizando. Este juicio falaz proviene de una especie de fascinación. No es la primera vez que ocurre. En otros tiempos, por ejemplo, en el esplendor de la psicología social, ejercían la misma fascinación las técnicas o dinámicas grupales.

Como sabemos bien, en la catequesis los recursos de cualquier tipo están siempre al servicio del anuncio, del proceso, de la pedagogía catequística, de los interlocutores del Mensaje y del catequista. Aun empleando un recurso atrayente y novedoso, si éste no fuera pertinente a alguno de

estos ámbitos, su uso podría distorsionar y desnaturalizar un encuentro de catequesis. En estos tiempos de confinamiento en los que no es posible la presencialidad, podemos caer en el error de creer que los recursos digitales tienen un rol fundamental y que, en su selección y hallazgo, se cifra la fecundidad y eficacia de nuestra práctica. Incluso podemos llegar a pensar que la vehiculización de un contenido religioso a través de un determinado recurso digital, sorteando ilícitamente la identidad de la pedagogía catequística, es la mejor catequesis que podemos realizar en estos tiempos. Muy por el contrario, los recursos no resuelven la catequesis, simplemente la favorecen si fueron seleccionados adecuadamente. En la complementariedad entre lo esencial y lo accidental, ellos se sitúan en la esfera de lo accidental.

5. Ir al corazón del Misterio

No estábamos preparados para encarar una “catequesis a distancia”. En este ámbito, como en tantos otros, la pandemia nos sorprendió y nos encontró sin suficientes elementos. Como a veces ocurre ante los nuevos desafíos que no fueron suficientemente reflexionados, vamos de un polo al otro. Puedo intuir, a través de la simple observación de algunas prácticas, que la catequesis en tiempos de pandemia no es ajena a esta indeterminación. Algunas propuestas revelan una mayor escolarización de la catequesis, aún mayor que aquella ya conocida que se pretendía superar antes de la

pandemia. En el otro polo, en cambio, hay propuestas vaciadas de contenidos, centradas, sobre todo, en la atracción de los recursos.

No se trata de dar muchos o pocos contenidos. No se trata de transmitir una difusa vivencia ni de intelectualizar el Mensaje. Si en verdad buscamos llegar al corazón del Misterio, “el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad...”⁶³. El gran tema que nunca puede faltar es el *kerygma* o Primer Anuncio. “Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio principal, ése que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ése que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra”⁶⁴.

63 Francisco, EG 35.

64 EG 164.

“Cristiano no se nace, se hace”

Marcial Riveros Tito⁶⁵

La Paz, Bolivia

Tres, dos, uno y comenzó la pandemia, y con ella el confinamiento ¿Es un buen o mal momento? Hay diferentes lecturas, pero vimos que hubo un reencuentro con la familia y del hombre con la naturaleza. Otros sostienen que es un momento negativo porque saca lo peor del ser humano.

En el plano de la catequesis, es necesario precisar y hacer referencia a las diversas formas; como las catequesis del Papa, las catequesis cuaresmales... pero “una forma eminente de catequesis es la que prepara a los Sacramentos, y toda catequesis conduce necesariamente a los Sacramentos de la fe”⁶⁶. Para esta reflexión, hacemos referencia específicamente a la catequesis de los Sacramentos de Iniciación a la Vida Cristiana, identificando estas tres constantes durante esta emergencia sanitaria:

65 Responsable de Biblia - Catequesis del Área de Evangelización de la Conferencia Episcopal Boliviana. laiicram@gmail.com

66 Juan Pablo II, CT 23.

- Fue la etapa de la “gran evaluación”, en el que se pone en práctica todo lo asimilado. No está el catequista que guía al Catecúmeno (*niño, joven y adulto*), sino, por el contrario, está la decisión, la opción y la identidad cristiana de buscar los medios de encuentro con el Señor.
- También develó diferentes constantes, como la necesidad de la fe, la esperanza, y la precariedad real de la catequesis de adultos.
- Se identificó un acompañamiento con características muy diversas, desde mensajes, programas radiales e incluso programas televisivos, pero con más énfasis en las redes sociales.

Tres ejes por considerar

Dentro de este escenario es necesario replantearnos cómo educar en la fe a los niños, jóvenes y adultos para la Iniciación a la Vida Cristiana con todas las medidas post cuarentenas, los impactos socioculturales y vivir con esta pandemia hasta la solución efectiva. Por eso, presentamos tres ejes a considerar.

1) Teología de la fe

En medio de esta emergencia surgen dilemas como “salvar la vida o salvar la economía”, acompañado de un conjunto de esperanzas, ilusiones en la cual sólo la fe puede triunfar, pero no cualquier fe. Una fe en Dios, eso es lo que hay que

creer: Dios siempre quiere la vida, nunca la muerte; ello muestra la importancia de actuar pastoralmente de acuerdo a la teología de la fe.

La fe, como don de Dios, debe ser convenientemente entendida. Se afirma que es don porque se reconoce que es Dios quien toma la iniciativa. Él es quien sale al encuentro del ser humano y lo busca. Y, de este modo, es un don destinado a todos. La fe es don no en el sentido de que a unos les es dada y a otros les es negada, si no en el sentido de que se funda en la gratuidad de Dios, que quiere comunicarse aún en medio de esta emergencia sanitaria.

La fe es un don de Dios y respuesta libre, pero no es un acto aislado. La fe es un acto eclesial. Así como nadie puede vivir solo, nadie puede creer solo. Tampoco nadie se ha dado la fe así mismo, necesita de una tradición de vida. El creyente recibe la fe de otro, de la Iglesia y, a su vez, como miembro de la Iglesia, debe transmitirla a otros.

Por eso, es necesario identificar los métodos adecuados para la transmisión de la fe, pues la fe auténtica no es cómoda ni individualista; siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Por ello, todos los cristianos estamos llamados a preocuparnos y comprometernos por la construcción de un mundo mejor. Y la formación para eso es tarea irrenunciable de la iniciación a la fe en el momento de la catequesis. Por tales razones, cuando se elijan métodos que no respetan su heurística fundamental o cuando se expresa omitiendo o forzando,

del modo que fuese, algunos de sus elementos esenciales, es necesario retomar la teología de la fe.

2) Identidad cristiana

Dentro de la actual pandemia y post cuarentenas la gran opción son los medios telemáticos, donde los catecúmenos se encuentran con una gran variedad de formación cristiana desde los mejores hasta los necesarios. Pero ahora, el punto que tenemos que fortalecer en esta coyuntura es la identidad cristiana. De entre toda la diversidad que encontramos en las redes sociales es necesario acentuar la identidad parroquial, fomentando una línea ministerial y de servicio, ser parte de la Iglesia e identificándose con/en una comunidad.

Todo ello nos recuerda de nuevo la importancia de asumir pedagógicamente la expresión de Tertuliano: “Cristiano no se nace, se hace”. En la Cristiandad se dio el riesgo de olvidar ese principio cuando las personas entraban a formar parte de la Iglesia al momento de nacer, de un modo por así decirlo automático, o como actualmente muchos se denominan católicos cuando en la praxis no lo son; o cuando dicen ser cristianos, pero no participan en su parroquia y, en muchos casos, sólo siguen las celebraciones a distancia, por los medios de comunicación. Y aunque continúe siendo el bautismo de niños la práctica más común entre nosotros, la catequesis nos anima a acompañar a las personas de todas las edades a tomar una opción fundamental y consciente por la fe cristiana. De lo contrario, el camino de la fe se limita

a una pertenencia formal en la Iglesia y desemboca en una religiosidad difusa. Por eso, dentro de esta emergencia, es una verdadera oportunidad para redescubrir cómo la fe nace de una respuesta libre y personal a la Palabra de Dios cuando ésta toca el corazón humano. Con lo cual se nos muestra que, para que el cristianismo resulte significativo y creíble, no es suficiente con una formación a distancia, se necesita ser creyente por opción con una identidad cristiana y pertenencia eclesial a una comunidad.

3) Itinerarios formativos de fe

Si entendemos que cerrar los templos no significa privar a los fieles del fruto del encuentro con el Señor Jesucristo y, más aún, de los frutos de la Eucaristía, eso nos debería motivar a buscar, aprender a valorar y fomentar diversas formas de encuentro con el Señor. No significa que después de esta cuarentena corramos y apresuremos a los niños, jóvenes y adultos a concluir este año. Ese sería un pensamiento escolarizado. Por el contrario, es ocasión para iniciar procesos, itinerarios formativos de fe, encuentros de acompañamiento, que busquen superar el esquema escolarizado de cursos y lecciones de la catequesis nocional y de información, dando el paso a procesos de acompañamiento de inspiración catecumenal⁶⁷, que sean integrales, diversos y flexibles, superando la idea escolarizada que tiene que “concluir

67 DGC 90.

anualmente”. Tampoco significa entrar en la lógica de preguntas y respuestas como lo era antes en el catecismo, sino que te lleva a celebrar la fe: lo que creo lo celebro, lo que celebro, lo vivo; y lo que vivo, lo oro, lo alabo.

Espero que esta reflexión no nos conduzca al pesimismo o la depresión, sino al optimismo y a la esperanza; que se convierta en un estímulo para el reencanto pastoral, que nos lleve a repensar nuestra forma de realizar y llevar adelante la Iniciación a la Vida Cristiana, teniendo en cuenta que el “Cristiano se hace, no nace”, con base en una teología de la fe, con una identidad cristiana parroquial, acompañada de itinerarios formativos adecuados.

Una mejor catequesis, ¡seguro!

Mario Segura Bonilla, Pbro.⁶⁸

San José, Costa Rica

Desde hace décadas, dentro de los desafíos más grandes que se han vivido en la catequesis que se brinda en las parroquias, se encuentran, por un lado: el acompañamiento al que los padres o encargados de familia de los niños se comprometen hacer con los catequizandos; por otro lado, el de los jóvenes con su libre opción de recibir y asumir la catequesis; y, por último, el de una gran cantidad de adultos que ven en la catequesis un simple requisito o compromiso por el cual la están recibiendo.

La crisis sanitaria ocasionada por la pandemia actual del Coronavirus ha mermado profundamente estos retos, convirtiéndolos en una oportunidad para quienes en realidad están interesados, aunque sea un poco en la educación de la vida de la fe, pues se deja de modo absoluto, revelando el desinterés por esta educación a la cual se asistía por mera

68 Director del Centro Nacional de Catequesis (CENACAT) de la Conferencia Episcopal de Costa Rica. fiatmsegura@gmail.com

tradición o costumbre, o se empieza a asumir paulatinamente de modo responsable.

La catequesis, gracias a la crisis, tiene hoy la oportunidad de contar con bautizados que van asumiendo la importancia de educarse en la fe. En efecto, quien es un encargado o custodio de los procesos formativos de niños ha tenido que comprometerse en brindarles el acompañamiento en la fe. Los jóvenes, por su parte, han tenido que optar libremente si quieren o no profundizar y asumir su educación en la fe. A su vez, los adultos podrán ir más allá del simple requisito y replantearse el fin de la búsqueda de un sacramento, aun cuando quienes estamos al servicio de la catequesis, sabemos que la catequesis es para la Vida, para alcanzar Vida en abundancia (cf. Jn 10,10). Sigue latente, por tanto, el pasar de una catequesis sacramentalista a una catequesis evangelizadora, que tiene como finalidad el encuentro con la persona de Jesús de Nazaret y su seguimiento.

Es necesario recordar que

la acción evangelizadora busca favorecer la comunión con Jesucristo. A partir de la conversión inicial de una persona al Señor, suscitada por el Espíritu Santo mediante el primer anuncio, la catequesis se propone fundamentar y hacer madurar esta primera adhesión⁶⁹.

Un segundo aspecto que denota el confinamiento al que, como sociedad, y por tanto como Iglesia nos hemos enfrentado,

69 DGC 80.

es que la catequesis debe privilegiar la autoformación de los catequistas, ayudando a madurar al laicado en su vida de fe; de este modo, los procesos catequísticos de la educación de la fe obtendrán un futuro promisorio. Desde nuestra experiencia, al haberse clausurado durante estos meses de pandemia los espacios físicos para que los catequistas pudieran congregarse para su formación, esto no ha imposibilitado la sed por conocer, celebrar, vivir y contemplar el misterio de Cristo, e iniciarse y educarse para la vida en la comunidad y para la misión; por el contrario, se ha puesto de manifiesto por medio de la participación en las formaciones virtuales que en muchos Centros e Institutos de catequesis se han ofrecido. En las mismas parroquias es constatable la demanda que ha habido por parte de los catequistas de continuar formándose, y aprovechar el “quédate en casa”.

Hay consciencia de que una buena catequesis tiene como base la formación de sus catequistas, la oferta de un itinerario formativo integral a través de la tecnología utilizando adecuadamente los medios de comunicación social; y también el material impreso, que se les pueda hacer llegar a los catequistas de los lugares más recónditos y, a su vez, con la modalidad a distancia, brindando un acompañamiento que ayude a garantizar una mejor autoformación y aprovechamiento del manejo de los subsidios con los que se ofrece la catequesis.

El inicio del nuevo milenio ha estado marcado por el nuevo mundo del espacio cibernético. En el pontificado de San Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco, cada uno de

ellos ha invitado a utilizar el potencial que representa este mundo. Somos conscientes de que los avances tecnológicos han abierto a toda la humanidad a un nuevo continente, denominado por algunos estudiosos de la ingeniería en sistemas como el “sexto continente”; en él se puede tener gran acceso a la información y se convierte también en un “lugar” de interacción. La situación que estamos viviendo de pandemia ha llevado a muchos catequistas que no se habían atrevido a explorar este universo, a integrarse en él. Algunos creían incluso que no podrían ser capaces de dar un paso en este mundo, pero hoy, luego de más de dos meses de aislamiento, han iniciado un aprendizaje “obligado”, se han venido formando y además ofrecen incluso catequesis de manera virtual, dando vida a posibles comunidades en las que, a pesar de la distancia, se vive el encuentro y la cercanía del compartir el Evangelio de Jesucristo.

Otro de los aspectos a los que se tendría que valorar, repensar y aprovechar, y que se ha evidenciado al enfrentar este nuevo modo de ofrecer la catequesis, es la catequesis social, la que fue enfatizada por el Papa Benedicto XVI en su discurso inaugural en Aparecida, Brasil:

En este esfuerzo por conocer el mensaje de Cristo y hacerlo guía de la propia vida, hay que recordar que la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana. (...) Por lo mismo será también necesaria una catequesis social y una adecuada formación en la doctrina social de la Iglesia...

La vida cristiana no se expresa solamente en las virtudes personales, sino también en las virtudes sociales y políticas⁷⁰.

La crisis económica que la pandemia ha generado a nivel mundial ha sacado a flote en muchos casos la solidaridad de que es capaz el ser humano, y el valor que tiene la persona antes que lo material. Toda catequesis lleva a un compromiso, a una respuesta de fe que se pone en acto, obras que muestran la fe (cf. Sant 2,18). Crear consciencia en la catequesis social hace al catequizando un cristiano más solidario, que se atreve a buscar no solo su propia felicidad, sino que es capaz de tener otra mirada ante el hermano y acompañarlo en las situaciones de sufrimiento, angustia o dolor que está viviendo, para poder así también compartir con él sus alegrías y sonrisas.

Un compromiso que me ha educado a saber ponerme “manos a la obra”, es ser un creyente dispuesto a hacer cosas que antes no sabía o no quería hacer, siendo anuente a la necesidad del otro, recordando que la catequesis es para la vida, por tanto, estando atento a los cambios, a la “nueva forma” de vida.

En otras palabras, ha surgido la necesidad prioritaria de asumir una catequesis social que parte de la gratuidad, de la ternura y el servicio, como nos señala el Papa Francisco, siendo capaz de inclinarse ante el hermano a quien se pueda servir lavándole los pies, dignificando al otro sin

70 DA, Discurso Inaugural.

creer que servir es humillante. Sin esperar nada a cambio, ofreciéndose en las cosas más simples y ordinarias. Yendo a lo esencial, pues se ha podido percibir lo frágil que es la vida, lo vulnerables que somos los seres humanos al enfrentarnos a un enemigo que es microscópico. Todo ello nos lleva a aprender día a día que nuestra vida, para que se eduque en la fe, debe dejarse hacer por Dios, abandonada entre sus manos.

Una intuición intempestiva sobre la catequesis durante este confinamiento

José María Siciliani Barraza⁷¹
Bogotá, Colombia

Quiero compartir con todas las personas que están comprometidas con la educación cristiana, especialmente con quienes se preocupan por iniciar a varones, mujeres, niños y niñas, en la vida de Cristo a través de una experiencia comunitaria. Y para compartir esta intuición, quiero hablar desde la experiencia personal, más que desde los libros y las elucubraciones.

¿Cómo continuar la catequesis? ¿Cómo impedir que la Buena Noticia de Jesús se silencie? El COVID-19 no puede ser más fuerte que la resurrección y la esperanza que Cristo ha sembrado en nuestros corazones con su pascua. *¡El amor de Cristo nos apremia! ¡Ay de mí si no evangelizara! ¡Tuve fe, por eso hablé!* Estas frases paulinas nos incitan a pensar cómo

71 Académico en Universidad de La Salle, de Bogotá, Colombia.
jsiciliani@unisalle.edu.co

hacer en esta situación inédita e imprevista para que siga resonando el mensaje de Jesús.

Pero, ¿cuál es ese mensaje? La pandemia parece haber despertado –y con cierta razón– la religiosidad de muchas personas. En una radio nada religiosa escuché a un periodista hablar de una encuesta hecha en Colombia sobre la salud mental. Sus resultados muestran, entre otros, que ahora muchas personas están orando en sus casas. La gente está acudiendo a Dios. Pero no vayamos tan rápido, no seamos tan ingenuos. Ciertamente, la amenaza de la muerte ronda. Y a estas alturas ya sabemos que no sólo son los ancianos quienes más corren peligro. Todos y todas estamos expuestos. Ciertamente, algunas enfermedades hacen que algunas personas sean más frágiles ante el virus que otras; pero, insisto, todas y todos estamos expuestos.

Entonces el miedo puede estar provocando esa necesidad de oración. Pero hace ya mucho tiempo que san Alfonso María de Liguorio (1696-1787), en tiempos de hambruna y de guerra, nos advirtió desde Italia que las conversiones motivadas por el miedo no son buenas, porque no tienen raíz. Pueden ser, en circunstancias dramáticas como las de hoy, un primer paso, una fisura que se abre en los corazones obstinados, distraídos por el frenesí existencial y productivo en el que veníamos. Ojalá sean eso: un primer paso que luego pueda madurar y aquilatarse en el amor de Dios, expulsando el miedo tan combatido por Jesús: “¡No teman, soy yo!” (Jn 6, 20).

Y ahí es donde ubico esta intuición catequética: ¿no es acaso nuestra imagen de Dios la que esta situación

amenazadora está poniendo en jaque? Porque mucha gente está echándole la culpa a Dios de lo que pasa, porque mucha gente está diciendo (incluso algún cardenal) que esto es un castigo de Dios, porque mucha gente está pensando que esto es algo que nos merecemos los humanos, etc. Y otras personas están pidiéndole a Dios cosas extrañas que parecieran ser más propias de una actitud mágica que de una fe acrisolada por el contacto diario con Jesucristo a través de su Evangelio. Algunas personas están pidiendo que se riegue con agua bendita una ciudad para librarla del virus; otras están decepcionadas porque, a pesar de sus oraciones a la Virgen y a Jesús, su familiar no pudo resistir y murió.

¿Qué nos viene a decir todo esto? Que la catequesis se encuentra en un terreno en que la pregunta por Dios está reclamando de nosotros, los discípulos de Jesús, respuestas y palabras que consuelen, pero según el consuelo propio del Espíritu Santo. Y éste no tiene nada de mágico, ni es una respuesta fácil y expedita a tantas cuestiones que asaltan la fe de los creyentes y de los no creyentes.

¿De qué Dios podemos hablar hoy en esta situación? ¿Qué Dios podemos ayudar a descubrir a tantas personas atemorizadas? No puede ser otro sino el Dios que nos revela la vida de Jesús.

Y lo que he podido ver en estos días de Semana Santa y de Pascua, meditando la pasión y la resurrección, es que Dios supo sacar vida de la muerte. En ninguna parte del Evangelio el testimonio de Jesús nos autoriza a pensar que a Jesús le agradó morir. Por el contrario, ante la tormenta que se le venía “sudaba como gotas de sangre” (Lc 22, 24),

por la angustia inmensa que tenía, porque amaba la vida. Pero su Padre tampoco le ahorró ese sufrimiento. Y cuando fue tentado en la cruz por sus enemigos que le pedían una prueba (bajar de la cruz), su respuesta fue el “abandono” en las manos de Padre. Pero Jesús pasó por la queja y el lamento: Padre, “¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46). Esa fue su última tentación. Porque, como para nosotros, el sufrimiento incomprensible lo empujó a preguntarse por Dios: ¿dónde estás?

En un momento tan oscuro, Jesús se sintió abandonado por su Padre. Pero luego se entregó a Él, se encomendó a Él. El Padre, que quiere que sus hijos tengan vida y en abundancia, no lo dejaría conocer la corrupción, nos recuerda el salmo 15. ¿Qué nos enseña la meditación de la vida de Jesús? Que el Padre acompañó a su Hijo, que nunca lo abandonó, hasta el punto de levantarlo de entre los muertos, victorioso. Y ahí radica la clave –la intuición– más honda de nuestra fe. Tenemos que meditarla mucho, tenemos que mirarla (*Fijos los ojos en Jesús*); tenemos que contemplarla sosegadamente en el silencio.

Solo así podremos predicar un Dios diferente: no un Dios castigador, no un Dios de miedo, no un Dios amenazante; no un Dios mágico que nos soluciona los problemas que la vida humana implica, por sus límites y por el pecado y la ceguera que hay en el corazón humano. Solo así podremos decir con profundidad esas palabras de algún místico: Dios escribe recto entre líneas torcidas. No dice que Dios enderece las líneas; eso es magia, eso es fantasía de omnipotencia; eso es falta de realismo, es todo menos sensatez y sabiduría. En

esta pandemia y sus líneas torcidas, Dios está escribiendo muchas historias como las de Jesús en la cruz: historias de coraje y solidaridad –con tantas enfermeras abnegadas y médicos incansables; historias de ciencia con conciencia al servicio de los seres humanos –con quienes están estudiando el virus y la posible vacuna; historias de amor y nuevas relaciones –con quienes en sus casas han encontrado la oportunidad para amarse más y mejor–, etcétera.

La catequesis es un desafío para que anunciemos a ese Dios que está actuando, animando, impulsando, convirtiendo y transformando a muchas personas. Ciertamente la situación de confinamiento nos pone ante un desafío enorme: ¿qué cambia cuando tenemos que hacer la catequesis y compartir la experiencia de Dios a través de las redes sociales? ¿Podemos olvidar que los canales con que nos comunicamos –a saber, las mediaciones tecnológicas– no son instrumentos neutros? ¿Que ellos nos infunden un estilo de vida, una cultura, unos valores?

Antes de que comenzara la pandemia, por mi formación –más libresca que tecnológica–, creía que la tecnología nos infundía (imponía) un estilo de vida preciso: el de la velocidad y el de la pérdida de la palabra humana. Hoy, con la experiencia diaria del uso de las redes (*Zoom, Hangouts*, etc.), tengo la impresión que la velocidad no está solamente ni principalmente en los medios, sino en el corazón y en la mente. Pero esta segunda intuición requiere más reflexión y se me acabó el espacio. Solo quiero dejar la inquietud, para seguir pensándola.

“Yo estoy junto a la puerta y llamo...”

Fabián Silveira Correa, S.A.C.⁷²

Montevideo, Uruguay

La primera pandemia global del siglo XXI, originada por el COVID-19, no es la primera en la historia de la humanidad. Algunas culturas, a través de sus relatos cosmogónicos⁷³, nos cuentan cómo las han entendido y “ordenado”. Luego de un momento de crisis, como el que vivimos, ya nada será “como antes”; por ello acuñamos el término “nueva normalidad”. El momento presente ¿podrá ser considerado como oportunidad o instancia propicia de repensarnos en relación con el medioambiente? ¿Podremos volver a considerarnos interdependientes con la naturaleza? ¿Por qué esta pandemia nos impacta especialmente? ¿Por qué pandemias, aún recientes, no significaron algo de lo cual ocuparnos? De algunos brotes virales ya casi no hablamos.

72 Padre Palotino (Sociedad del Apostolado Católico), Secretario Ejecutivo del Departamento de Catequesis de la Conferencia Episcopal del Uruguay. pfabiansac@hotmail.com

73 El libro del Génesis nos narra la creación hasta la llegada del Diluvio (1-11). Léase también *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Pensemos en el HIV, el Ébola o el Dengue. Repetimos la pregunta: ¿por qué esta pandemia, y no otras, nos inquieta?

Nos detendremos en tres paradojas que interpelan a nuestras culturas y pueblos, al hombre en su presente y futuro, a las religiones y sociedades, a la familia y a la educación en la fe. Compartimos tres intuiciones personales asumiendo la voz profética del Papa Francisco⁷⁴. La pandemia que transitamos, y las otras de las que ya no hablamos, pueden abrirnos a una “solidaridad desinteresada”⁷⁵, donde nos reconozcamos viviendo una “crisis antropológica”⁷⁶ y “socio-ambiental”⁷⁷ que nos permita abrirnos a “cambiar el modelo de desarrollo global”⁷⁸ y “redefinir el progreso”⁷⁹.

1) “Solidaridad desinteresada”

La pandemia parecía ubicable geográficamente y ello nos tranquilizaba. Era un problema de Wuhan, tal como el Ébola era de los africanos. Cuando menos lo esperábamos, lo lejano golpeó a nuestra puerta y la pandemia dejó de ser algo que les sucedía a otros para pasar a estar entre nosotros.

74 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, Buenos Aires, Conferencia Episcopal Argentina, 2013; Id., Carta encíclica *Laudato Si'*, Buenos Aires, Conferencia Episcopal Argentina, 2015; Id., Constitución apostólica, *Veritatis gaudium*, Madrid, San Pablo, 2018. Abreviamos EG, LS y VG.

75 EG 58.

76 EG 55.

77 LS 139.

78 VG 3.

79 LS 194.

Lo lejano se acercó afectándonos. Aquello que preocupaba a otros, nos comenzó a ocupar a nosotros. No estábamos tan separados y aislados como creíamos estar. Porque el virus llega a nosotros comienza a preocuparnos.

La sociedad uruguaya creó “el fondo coronavirus”. ¿Fondo solidario o discurso correcto del individualismo imperante? Un *influencer*⁸⁰ local reaccionó diciendo: “La gente que muere de hambre no vende tanto como un enfermo por coronavirus”⁸¹.

Actualmente nuestros diálogos giran en torno a la pandemia global. Esta situación nos ha forzado como Iglesia y catequesis a descentrarnos (Iglesia en salida). La realidad nos lanza a “vivir con riesgo y fidelidad en la frontera”. Hemos dejado de ser el centro. Estamos invitados a escuchar “las preguntas de nuestro pueblo, sus angustias, sus peleas, sus sueños, sus luchas, sus preocupaciones”, ya que “sus preguntas nos ayudan a preguntarnos, sus cuestionamientos nos cuestionan”⁸². Atrás quedaron nuestras reuniones y programas autorreferenciales. Todo lo programado debió posponerse. Lo que sólo les sucedía a otros, en un lejano país, nos tocó también a nosotros. Con la irrupción de la pandemia estamos aprendiendo a reinventarnos en todos los aspectos de la vida. Inseguros, porque ya no dominamos

80 Nombre dado a alguien que, por la credibilidad que genera en muchas personas, se vuelve un punto de referencia social y cuya opinión “influye” en la opinión de sus seguidores (N. del E.).

81 <https://www.ovaciondigital.com.uy/futbol/gente-muere-hambre-vende-tanto-enfermo-coronavirus-dijo-lugano.html>

82 VG 5.

ni somos el centro, cada uno volvió a su casa, con los suyos, despertando el compromiso ciudadano de cuidarse para cuidar.

Es la hora del discípulo, enviado a la frontera, desde su profesión y responsabilidad social, viviendo el compromiso cristiano de servir hasta el límite de sus fuerzas. No es tiempo de palabrerías. Los tapabocas (o mascarillas o barbijos) no logran silenciar el anuncio gozoso del testimonio cristiano. Nuestra catequesis está llamada a aprender de Jesús y su forma de acercarse a toda persona, abajándose para lavar los pies y secarlos con la toalla (cf. Jn 13,5). Nos preguntamos ¿estaremos educando para vivir una “solidaridad desinteresada”? En el testimonio de Jesús encontramos su cercanía a todo sufrimiento y dolor, no buscando nada a cambio (cf. Mt 6,2). La caridad ama gratuitamente o no será caridad.

2) Inmersos en una “crisis antropológica” y “socio-ambiental”

Mientras discutimos sobre el origen de la pandemia, podemos preguntarnos: ¿qué responsabilidad tenemos como hombres que habitamos el planeta? Esta pandemia global nos está recordando la profunda crisis antropológica en la que nos encontramos: “¡la negación de la primacía del ser humano!”⁸³. Careciendo de una orientación antropológica,

83 EG 55.

ya no nos cuestionamos sobre la “cultura del descarte” que genera inequidad, exclusión, miseria, hambre y muerte. Este momento de crisis, ¿no nos estará devolviendo la capacidad de compadecernos con el hermano que sufre? Mientras los médicos (fieles al juramento hipocrático) cuidan la vida de los contagiados, reafirmamos que proteger la vida y defenderla es una acción humana que obliga siempre (cf. Mt 5,21) y en todas sus etapas, cuidando sobre todo la vida indefensa.

Hablar de crisis antropológica es considerar también la crisis “socio-ambiental” en la que nos encontramos. La contaminación del medioambiente nos está destruyendo. Afrontamos esta crisis analizándonos y decidiendo un futuro diferente. Mientras vamos comprendiendo que el COVID-19 “llegó para quedarse” y algunos entienden que todo se solucionará con la futura vacuna inmunizadora, nos preguntamos: cuándo “todo haya pasado”, ¿seguiremos como antes? ¿Este tiempo de ruptura podrá ser una instancia sapiencial de reubicarnos y reorientarnos para superar la “crisis antropológica” y “socio-ambiental” que vivimos? “Después de todo”, ¿nacerá una humanidad reconciliada con el pobre y el medioambiente? ¿Cuál será nuestro aporte cristiano?

3) “Cambiar el modelo de desarrollo global” y “redefinir el progreso”.

El cambio de época nos invita a pensar otro modelo de desarrollo global y de progreso, diferente al que hemos

propugnado. Corremos tras el desarrollo y progreso de algunos, a expensas de muchos. La exacerbación del consumo nos llevó a privilegiar lo exterior, inmediato, visible, rápido, superficial y provisorio.

Cuando la pandemia dejó de ser un hecho que les sucede a algunos, por causas locales o personales, y se convirtió en un hecho que nos afecta a todos, nos preguntarnos: ¿cómo hemos entendido el desarrollo y el progreso? El Santo Padre nos dice: “Un desarrollo tecnológico y económico que no deja un mundo mejor y una calidad de vida integralmente superior no puede considerarse progreso”⁸⁴.

Una futura vacuna podrá curar a los contagiados, pero no sanará a la humanidad. Comenzaremos a curarnos cambiando el modelo de desarrollo y redefiniendo el concepto de progreso *de y para* todos los pueblos. La “dictadura de la economía sin un rostro y sin un objetivo verdaderamente humano”⁸⁵ debe ser superada. La pandemia nos hace reconocernos interconectados e interdependientes, entendiendo que el verdadero desarrollo respetará a todos y será para todos, o no será desarrollo. ¿Conoceremos nuevos modelos de progreso y desarrollo global?

La Catequética ayudará a repensar la catequesis y no podemos olvidarnos de la dimensión social de la evangelización (capítulo cuarto de la encíclica *Evangelii Gaudium*). Es hora de educar a una “solidaridad desinteresada”.

84 LS 194

85 EG 55.

Ocasión propicia para reflexionar si la pandemia sanitaria no denuncia la “crisis antropológica” y “socio-ambiental” que subyace y destruye. Oportunidad de caminar hacia un modelo alternativo de desarrollo global para todos los pueblos. Crisis es ruptura de la “normalidad”, la que nunca existió. Tiempo propicio para decantar y decidir caminos nuevos que nos abran a un “cambio radical de paradigma”. La catequesis seguirá estando en la frontera del riesgo, como Jesús, quien ha venido para que tengamos “vida y vida en abundancia” (Jn 10,10).

COVID-19, pobreza y ministerio catequístico

Carlos Tazzioli, Pbro.⁸⁶
Concordia, Argentina

El coronavirus (COVID-19) produjo cambios drásticos en todo el mundo, creando problemas en todas las dimensiones de la convivencia humana, diluyendo todas las “fronteras”. Pero, al mismo tiempo, dejando al descubierto la “realidad inhumana” de los pobres, donde millones de seres humanos se encuentran sumergidos en una situación de pobreza y marginalidad extrema. Ellos viven en la búsqueda desesperada y hasta resignada de una vida en dignidad, por la falta de recursos y en la incertidumbre de lo que vendrá. El COVID-19 encuentra en esta realidad el escenario ideal para desplegar su nefasta actuación. Al mismo tiempo, desestabilizó y puso en crisis un modo de ser y vivir la Iglesia, en sus múltiples aspectos y dimensiones.

86 Presbítero de la Diócesis de Concordia, licenciado en Teología con especialización en Pastoral Juvenil y Catequética.
carlos.tazzioli@gmail.com

Ante tal dramática situación, la Iglesia esta llamada a detenerse y reflexionar sobre los desafíos que le impone la realidad, las luces y las sombras de este nuevo tiempo histórico, social y eclesial repensando el ministerio catequístico no ya desde la ortodoxia de las fórmulas, mecánicamente repetidas o las exigencias rituales de las celebraciones, sino buscando un servicio atento al crecimiento en la vida y la dignidad de las personas. Situación que ha dejado al descubierto una profunda *ausencia de evangelización*; y de “creatividad pastoral” para comunicar y anunciar el evangelio de Jesús, en especial en el mundo marginal y empobrecido. Ante esta situación, se demanda a la Iglesia y al ministerio catequístico, *un servicio que promueva un futuro con dignidad*. En continuidad con la eclesiología latinoamericana gestada desde Medellín⁸⁷, que supo escuchar y leer el clamor histórico, el grito de quienes requieren un servicio de la Iglesia que realice “su vocación de servidora de la humanidad, humanizándose a sí misma”⁸⁸.

Lo primero será la *conversión al pobre*, es decir, a aquel que es violentado en su dignidad; es el primer desafío que se impone a toda la comunidad eclesial, en especial, a la comunidad catequística, porque la misión va mucho más allá de las palabras, tiene que ver con la vida y la calidad

87 II CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO (1968), Medellín, *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio*.

88 Juan ESTRADA, Retos actuales y humanización de la Iglesia. *Selecciones de Teología* 178 (2004) 135.

de esa vida, con el propósito de amor y justicia revelado en Jesús, quien “al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaba agobiada y desamparada como ovejas sin pastor” (Mt 9, 36).

Ser humanos, al estilo de Jesús, en el corazón de la historia, donde se juega la vida y la dignidad del otro, es el primer rasgo del perfil catequístico que la actual situación demanda. Pero para llegar a vivir esa humanidad de Jesús y confesar con todas las fuerzas que Dios es el Dios de los pobres, antes será necesario *optar* por ellos, porque es en ellos donde “irrumpe el misterio de la realidad [...] en ellos irrumpe la realidad del mismo Dios”⁸⁹, ya que Él mismo fue el primero que hizo esta opción, buscando su salvación-liberación, no porque sean buenos, sino porque es allí donde hay mayor dolor y sufrimiento. Esto exige de la Iglesia, del catequista y de todo cristiano una conversión permanente, para continuar con fidelidad la *causa* de Jesús, en cuanto *causa* de Dios, asumiendo la misma opción, entendida como conversión-proceso, opción que es exigencia evangélica: “la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. 2Co 8, 9)”⁹⁰.

Sólo desde esta opción se puede llegar a anunciar al Dios verdadero y comprometerse así con su *causa*, para que el mundo pueda llegar a ser más habitable para todos, en

89 Jon SOBRINO, *Fuera de los pobres no hay salvación, Pequeños ensayos utópicos-proféticos*, Madrid, Trotta, ² 2007, 39.

90 BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural*, en DA, 259.

especial para los más pobres, según el proyecto de Dios. Es decir, “revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección”⁹¹. Esto lleva a “situar a los pobres en el ámbito del misterio de Dios –y a Dios en el ámbito de los pobres–”⁹², porque es la opción que Dios hizo desde el principio: *He escuchado el clamor de mi pueblo oprimido* (Ex 3, 7; 6, 5); y más plenamente en Jesús “dicha opción configura esencialmente su misión y, así, su identidad histórica”⁹³. “El misterio de los pobres es anterior a la misión eclesial, y esa misión es lógicamente anterior a una Iglesia ya constituida. Sigue en pie lo que escribió J. Moltmann hace ya muchos años: ‘no es la Iglesia la que tiene una misión, sino a la inversa, la misión de Cristo se crea una Iglesia. No es la misión que hay que comprender a partir de la Iglesia, sino a la inversa’. Esto quiere decir que no es que exista ya la Iglesia, y que, después, se pregunta qué hacer para y con los pobres, como si la Iglesia ya estuviese constituida formalmente con anterioridad a su relación con ellos, y como si el modo histórico de llevar a cabo esa opción no afectase a algo esencial de la Iglesia, la cual permanecería intocable a lo largo de la historia”⁹⁴.

La identidad histórica de la Iglesia de Jesús se decide en esta opción por los pobres. Es por esto que asumir dicha opción como opción fundamental de la Iglesia y del ministerio catequístico no solo llevará a pensar desde esta

91 Jon SOBRINO, op. cit., 39.

92 Ibid., 41.

93 Ibid., 42.

94 Ibid.

situación sino que impulsará con valentía a seguir recreando y actuando la Iglesia de los pobres, encarnada en el tiempo y en el espacio, a través de su misión y en la misión. Así se dará continuidad a la misión de Jesús que con su ministerio y su mensaje fueron anuncio de esperanza para los marginados del sistema: *¡El Reino de Dios está cerca!* (Lc 17, 21). Desde este modelo eclesiológico, la misión, la evangelización y el ministerio catequístico, tendrán un particular perfil profundamente evangélico que implica la resurrección de todos los crucificados del sistema.

Esta conversión-opción por los pobres requiere la solidaridad-compromiso con la persona en la transformación-liberación de las estructuras injustas de pobreza y marginalidad contrarias al proyecto de Dios. “Optar, por los pobres significa abrazar su causa en orden a su liberación integral. Abrazar esa causa significa, a su vez y en pocas palabras, ponerse de su lado, considerar como propios sus intereses, sus aspiraciones, sus legítimas búsquedas de justicia y libertad, sus justas luchas para obtenerlas”⁹⁵.

No se trata simplemente de atender sus necesidades o de suavizar el sufrimiento, sino sobre todo de superar la injusticia que genera esa situación. El compromiso y la solidaridad con ellos deben traducirse en el logro de sus derechos. El anuncio de la Buena Noticia debe convertirse también en

95 Luis Gallo, *El camino del Evangelio, en el continente de la esperanza*, Quito, Abya Yala, 2006, 93.

buena realidad transformada, es decir, no sólo en el anuncio verbal de esperanza sino en la práctica concreta del amor viviendo la misericordia, y salvando “al pobre de la muerte lenta de la pobreza y de la muerte rápida de la violencia”⁹⁶. El ministerio catequístico encuentra aquí su identidad más profunda. No ofreciendo la salvación como algo ajeno a la condición humana y permaneciendo indiferente ante la situación del otro, sino como aquél que ejerciendo un ministerio, es capaz de sentir compasión ante quién queda tirado al borde del camino (cf. Lc 10, 30-37).

Desde esta opción cristiana y evangélica, el ministerio catequístico podrá prestar un servicio que ayude a promover un futuro con dignidad y esperanza, descubriendo en los pobres el lugar por excelencia del encuentro con el Dios Fiel, ayudando a que ellos sean protagonistas de su propio destino, liberando la vida amenazada para organizar juntos un futuro con dignidad.

Un ministerio catequístico que no sea liberador de las angustias y de las opresiones históricas sean estructurales o personales, y que no transforme la vida llevándola a una humanización plena de la existencia, difícilmente dará continuidad a la *causa* de Jesús. Si todas las miserias humanas como expresión de pecado no son liberadas por Jesús en nuevas formas de relaciones, entonces no se está en consonancia ni en continuidad con el Jesús revelado en los textos evangélicos, sino por el contrario el Señor sería

96 Jon SOBRINO, op. cit., 49.

solo un personaje fetiche devocional creado por interés de poder y dominación⁹⁷.

Para que esto se realice es necesario que la conversión a los pobres, marginados y oprimidos sea el punto de partida y el lugar 'desde donde' se debe iniciar el proceso catequístico como liberación integral. Una auténtica catequesis que humaniza integralmente al hombre. "Una evangelización que no implique directamente a los pobres y no reafirme en ellos la esperanza de una sociedad nueva y alternativa; una evangelización que no asuma la causa de los pobres, sus luchas y su existencia, será una evangelización que perderá densidad cristiana y traicionará al Jesús histórico, que fue un hombre pobre en este mundo y que se identificó con los pobres, a los que puso como lugar-tenientes suyos en el momento crucial de la historia, en la hora del juicio definitivo sobre el destino eterno de las personas y de la creación"⁹⁸.

97 Cf. Leonardo BOFF, *La nueva evangelización. Perspectivas de los oprimidos*, Santander, Sal Terrae, 1991, 113.

98 *Ibid.*, 115.

COLECCIÓN EDUCACIÓN RELIGIOSA

RELIGIÓN CATÓLICA

*Una asignatura con nuevas oportunidades
y desafíos*

Javier Díaz Tejo (editor)

ESPIRITUALIDAD, ¡AHORA!

*Para un desarrollo humano
integral y sostenido*

Javier Díaz Tejo

LA ALEGRÍA DE INICIAR DISCÍPULOS
MISIONEROS EN EL CAMBIO DE ÉPOCA

*Nuevas perspectivas para la catequesis
en América Latina y El Caribe*

Consejo Episcopal Latinoamericano

APORTE CATEQUÉTICO DEL III CONGRESO
INTERNACIONAL DEL CATECUMENADO

La iniciación cristiana en el cambio de época

Hno. Enrique García Ahumada, F.S.C.



**Instituto
Escuela de la Fe**
UNIVERSIDAD FINIS TERRAE

Es cierto que recién estamos sintiendo el primer impacto sociocultural de esta pandemia y que es muy temprano para comprenderla a cabalidad, ya que todavía no se han desplegado todas sus implicancias. Sin embargo, desde ya podemos cuestionarnos: ¿cómo leer y entender adecuadamente estas transformaciones desde una perspectiva catequética? ¿Es un conjunto de sólo amenazas, sin oportunidades latentes?

Javier Díaz Tejo
Director de Investigación y Publicaciones
Instituto Escuela de la Fe
Universidad Finis Terrae



Ediciones
UNIVERSIDAD FINIS TERRAE

ISBN: 978-956-391-040-7



9 789563 910407